Omraam Mikhaël Aïvanhov

el trabajo alquímico o la búsqueda de la perfección



Colección Izvor

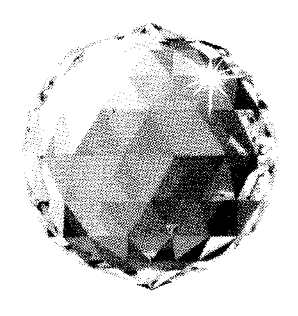
EDICIONES PROSVETA

el trabajo alquímico o la búsqueda de la perfección

Omraam Mikhaël Aïvanhov

el trabajo alquímico o la búsqueda de la perfección

5.ª edición



Colección Izvor
N.° 221


EDICIONES  PROSVETA

I

LA ALQUIMIA ESPIRITUAL

Alguien se me acerca infeliz, desanimado, y se queja de que no consigue liberarse de un vicio que le atormenta. Lo ha intentado miles de veces, el pobre, y siempre sucumbe. Entonces yo le digo: «¡Magnífico, formidable! ¡Eso prueba que es Vd. muy fuerte!» Me mira asombrado y se pregunta si no me estoy burlando de él. Le sigo diciendo: «No, no me burlo de Vd., lo que sucede es que Vd. no ve su poder. – Pero, ¿qué poder? Si siempre soy la víctima y sucumbo; eso prueba que soy muy débil. – No razona Vd. correctamente. Observe cómo han sucedido las cosas y comprenderá que no bromeo.

¿Quièn ha formado este vicio?... Vd. Al principio no era mayor que una bola de nieve que podía caber en su mano. Pero al añadirle cada vez un poco más de nieve, empujando la bola y haciéndola rodar, ésta ha terminado por convertirse en una montaña que ahora le impide el paso. En su origen, el vicio del que se queja tampoco era más que un pensamiento pequeñi-

to, pero Vd. lo sostuvo, lo alimentó, lo «rodó», y ahora se siente aplastado. Pues bien, yo me maravillo de su fuerza, porque es Vd. quien ha formado este vicio, Vd. es su padre, y este hijo suyo se ha hecho tan fuerte que Vd. ya no puede dominarlo. ¿Por qué no se alegra? – ¿Y cómo me voy a alegrar? – ¿Ha leído Vd. el libro de Gogol, «Tarass Bulba»? – No. – Pues bien, se lo voy a contar. Brevemente, claro, porque el relato es largo.

Tarass Bulba era un viejo cosaco que había enviado a sus dos hijos a estudiar al seminario de Kiev en el que permanecieron durante tres años. Cuando volvieron a casa de su padre, se habían convertido en dos sólidos mocetones. Encantado de volverles a ver, Tarass Bulba, para bromear y también para manifestar su ternura paternal (los cosacos, sabéis, ¡tienen formas muy suyas de manifestar su afecto!) empezó por darles unos porrazos. Pero los hijos no se arredraron, sino que empezaron a responderle y acabaron tirando a su padre por los suelos. Cuando Tarass Bulba se levantó, magullado, no estaba furioso en absoluto, sino que, al contrario, se sentía orgulloso de haber traído al mundo unos hijos tan forzudos.

Así que, ¿por qué no està Vd. orgulloso como Tarass Bulba de ver que su hijo le ha derribado por los suelos? Vd. es el padre, Vd. lo ha

alimentado, lo ha reforzado con sus pensamientos, con sus deseos: lo que quiere decir que es Vd. muy fuerte. Y ahora le voy a decir cómo puede vencerle. ¿Cómo se las arregla un padre cuando quiere hacer sentar la cabeza a un hijo que hace locuras? Le corta los víveres, y el hijo, privado de medios de subsistencia, se ve obligado a reflexionar y a cambiar de conducta. ¿por qué tiene que seguir alimentando a su hijo? ¿Para qué le plante cara? ¡Vamos ya! ¡Apriétele las clavijas! Puesto que es Vd. quien le dio nacimiento, debe saber que tiene poderes sobre él. Si no, toda la vida va Vd. a luchar o a sufrir, sin encontrar nunca los verdaderos métodos para salir airoso de sus dificultades.»

Desgraciadamente, muy poca gente llega a considerar las cosas de esta manera. Luchan desesperadamente contra ciertas tendencias perniciosas que llevan dentro, sin darse cuenta de que para llegar al punto en que se encuentran han tenido que haber sido formidablemente fuertes. Cuanto más terrible es el enemigo que hay en vosotros, tanto más prueba que vuestra fuerza es grande. Sí, así es como debéis aprender a razonar.

Observad cuán tensos estáis cuando lucháis contra vosotros mismos y cuántas dificultades encontráis; se libra una batalla terrible dentro de vosotros y esta guerra os hunde en todo tipo

de contradicciones. Consideráis que todo lo que hay de inferior en vosotros es necesariamente vuestro enemigo, y queréis eliminarlo; pero este enemigo es muy poderoso, porque desde hace siglos lo reforzáis con la guerra que le hacéis, y cada día se vuelve más amenazador. Es cierto que hay enemigos que viven dentro de nosotros, pero si son enemigos es, sobre todo, porque no somos buenos alquimistas capaces de transformarlo todo.

¿Qué dice San Pablo? «Me ha sido puesta una astilla en la carne. Tres veces he rogado al Señor que la alejase de mí, y El me ha dicho: Mi gracia te basta, porque mi poder se cumple en la flaqueza.» El que posee una flaqueza en su cuerpo, en su corazón o en su intelecto, se siente disminuído, pero se engaña, porque esta flaqueza puede ser para él la fuente de grandes riquezas. Si todas sus aspiraciones fuesen satisfechas, se quedaría estancado. Para evolucionar debe sentirse aguijoneado, y es su imperfección, esta astilla en su carne, la que le obliga a trabajar en profundidad, a acercarse al Cielo, al Señor. El Cielo nos deja ciertas debilidades para empujarnos en nuestro trabajo espiritual; porque, lo que en apariencia es una debilidad es, en realidad, un poder, una fuerza.

Hay que poner las debilidades a trabajar para transformarlas en algo útil. Os asombráis y

decís: «¡Pero si lo que hay que hacer es pisotear las debilidades, aniquilarlas!» Intentadlo y veréis si la cosa es fácil: vosotros seréis los aniquilados. El problema es el mismo para todas las formas de defectos o de vicios; tanto si se trata de la glotonería, como de la sensualidad, de la violencia, de la codicia, o de la vanidad, hay que saber cómo movilizarlos para que trabajen con vosotros en la dirección que hayáis escogido. Si expulsáis a todos vuestros enemigos, a todo lo que se os resiste, ¿quién trabajará para vosotros? ¿quién os servirá? Hay animales salvajes que los humanos han conseguido domesticar y tener a su lado a fuerza de paciencia. El caballo era salvaje, el perro era parecido al lobo, y si el hombre logró domesticarlos es porque supo desarrollar dentro de sí ciertas cualidades. Podría también, ciertamente, domar y domesticar a las fieras, pero tendría que desarrollar para ello nuevas cualidades.

Alegraos, pues: todos vosotros sois muy ricos ¡porque tenéis muchas debilidades! Pero es indispensable saber utilizarlas para ponerlas a trabajar. Os hablaba hace un instante de los animales, pero observad, también, las fuerzas de la naturaleza,como el rayo, la electricidad, el fuego, los torrentes... Ahora que el hombre sabe cómo dominarlas y servirse de ellas, se enriquece. Y sin embargo, al principio estas fuerzas le

eran hostiles. Los hombres encuentran normal utilizar las fuerzas de la naturaleza, pero si se les habla de utilizar el viento, las tempestades, las cascadas, los rayos que tienen dentro de sí, se asombran. Sin embargo, no hay nada más natural, y cuando conozcáis las reglas de la alquimia espiritual, sabréis utilizar y transformar hasta los venenos que hay en vosotros. Sí, porque el odio, la cólera, los celos, etc... son venenos; pero en la Enseñanza de la Fraternidad Blanca Universal aprenderéis a serviros de ellos, se os darán incluso los métodos para que podáis serviros de todas las fuerzas negativas que poseéis en abundancia. Alegraos, se os presentan buenas perspectivas.

En el futuro, los más audaces se ocuparán de estas sustancias químicas de los celos, del odio, del miedo, de la fuerza sexual, y aprenderán a utilizarlas; incluso llenarán frascos con ellas para ponerlos en su farmacia a fin de tenerlos a su disposición para el día en que los necesiten. De ahora en adelante, todo debe cambiar en vuestra cabeza.

Claro que no por eso hay que lanzarse como locos sobre el mal para comerlo a grandes bocados. En cada criatura, incluso en la mejor, se esconden siempre tendencias infernales que vienen de un pasado muy lejano. Se trata, pues, de no hacerlas salir de un solo golpe con el pretexto de utilizarlas. Hay que enviar una sonda para

tomar tan sólo unos átomos, unos electrones, y digerirlos bien. No es cuestión de ir a pelear imprudentemente con el Infierno, porque os destruirá. Hay que saber cómo proceder. Por eso, debéis continuar trabajando con las fuerzas de arriba, con la oración, con la armonía, con el amor, y, de vez en cuando, cuando salga algo de vuestras propias profundidades con garras, con dientes y uñas, para empujaros a hacer algunas tonterías, capturadlo, id a estudiarlo en vuestro laboratorio, e incluso hacedle segregar sus venenos para que podáis utilizarlos: descubriréis que el mal os aporta, precisamente, el elemento que os faltaba para alcanzar la plenitud.

Pero, repito, tened cuidado, no vayáis a bajar, ahora, a causa de lo que os he dicho, a mediros imprudentemente con el mal. No digáis: «¡Ah! ¡Ahora he comprendido! ¡Voy a ir a por todas!» Porque quizá no volváis a subir. Esto es lo que les ha sucedido a algunos. Se creyeron muy fuertes cuando no estaban suficientemente conectados con el bien, con la luz, y ahora, ¡en qué estado se encuentra los pobres! Todas las fuerzas negativas están devastándoles.

Se dice en el Talmud que al final de los tiempos, los Justos, es decir, los Iniciados, se darán un festín con la carne del Leviatán, este monstruo que vive en el fondo de los océanos. Sí, será capturado, despedazado, salado... ¡y conservado

en frigoríficos, supongo!... Después, cuando llegue el momento, todos los Justos degustarán algunos pedazos de su carne. ¡Qué divertida perspectiva! Si tenemos que comprender esto literalmente, creo que muchos cristianos y estetas estarán verdaderamente asqueados. Hay que interpretarlo, pues; y he ahí la interpretación: el Leviatán es una entidad colectiva que representa a los habitantes del plano astral (simbolizado por el océano), y si este monstruo debe servir un día para disfrute de los Justos, ello significa que aquél que sabe dominar y utilizar las apetencias y las pasiones del plano astral puede descubrir en ellas una fuente de riquezas y de bendiciones.

II

EL ÁRBOL HUMANO

Poseemos ciertos órganos cuyas funciones no nos parecen ni espirituales, ni estéticas, ni muy limpias, pero que, finalmente, son extremadamente necesarias, porque cada célula, cada órgano, de la misma manera que las raíces de un árbol, están ligados a las ramas, a las hojas, a las flores y a los frutos. Y si el hombre corta sus raíces, es decir, si cercena los órganos que son el fundamento de su existencia, de ello se derivan consecuencias terribles. Es verdad que estos órganos provocan, a veces, sucesos dramáticos, pero hay que dejarlos vivir, procurando extraer y transformar sus fuerzas.

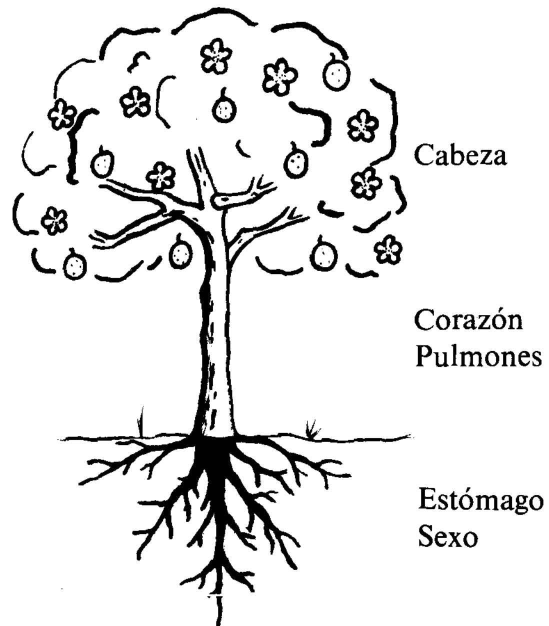
A menudo la gente se extraña, leyendo las biografías de hombres o de mujeres muy notables, al ver que muchos de ellos albergaban tendencias anormales, o incluso criminales y monstruosas. Cuando no se conoce la estructura del hombre no se comprende como esto puede ser posible. En realidad, la explicación es muy sen-

cilla: debido a sus tendencias inferiores que constantemente tenían que afrontar y dominar, estos hombres y estas mujeres, consciente o inconscientemente, llegaban a realizar injertos en las profundidades de su ser. Cuanto más terribles y ardientes eran sus pasiones (sus raíces), tanto más sabrosos eran sus frutos, y más notables sus obras. Mientras que muchos otros que no tenían ninguno de estos defectos permanecieron estériles, no dieron nada a la humanidad y vivieron de una forma extremadamente insignificante y mediocre.

No quiero decir con esto que tengamos que justificar o cultivar todas nuestras malas tendencias, no, sino que tenemos que comprender esta sublime filosofía que enseña cómo utilizar las fuerzas del mal para producir creaciones grandiosas. Cuanto más se elevan hacia el Cielo el tronco y las ramas, tanto más se hunden las raíces profundamente en la tierra. El que no comprende esto, se horroriza al ver la extensión del mal. No hay que tener miedo: todo está construído en la naturaleza de acuerdo con unas leyes extraordinariamente sabias. Si no tenemos raíces profundas, seremos incapaces de extraer del suelo los elementos nutritivos que necesitamos y de resistir a las tempestades de la vida.

Profundicemos ahora en esta analogía entre el hombre y el árbol. Las raíces corresponden al

estómago y al sexo. Sí, el hombre está enraizado en la tierra gracias al estómago, que le permite alimentarse, y al sexo, que le permite reproducirse. El tronco está representado por los pulmones y el corazón, es decir, por los sistemas respiratorio y circulatorio con las corrientes arteriales y venosas. En el tronco, la corriente descendente transporta la savia elaborada que alimenta al árbol, mientras que la corriente ascendente transporta la savia bruta hasta las hojas, en donde se transforma. Lo mismo sucede en nosotros con la circulación general de la sangre:



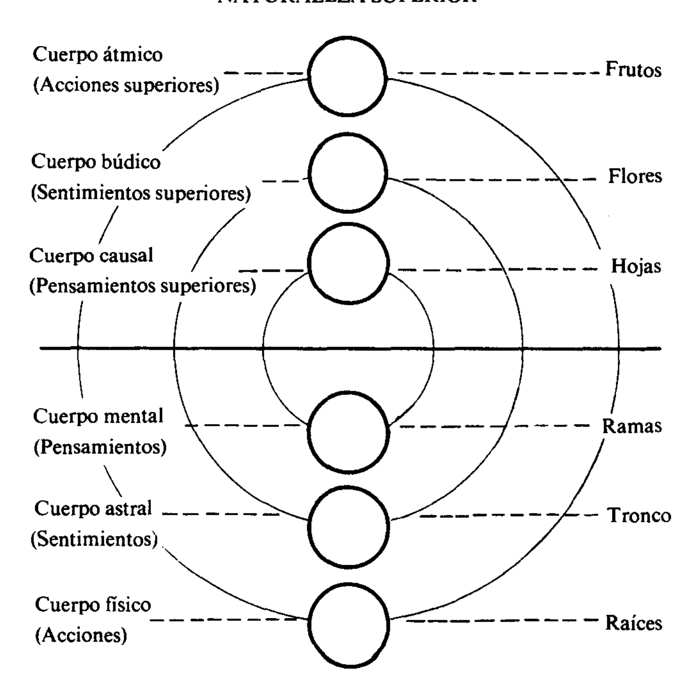
el sistema arterial transporta la sangre pura, y el sistema venoso la sangre que ya está viciada. Las dos corrientes trabajan juntas para la conservación del árbol humano.

Las hojas, las flores y los frutos corresponden a la cabeza. Todos los pensamientos representan los frutos del hombre, porque el hombre fructifica por la cabeza. Pero las raíces, el tronco (con las ramas), las hojas, las flores y los frutos, están conectados entre sí.

Veamos ahora las correspondencias que podemos establecer entre el árbol y nuestros diferentes cuerpos. Las raíces corresponden al cuerpo físico, el tronco al cuerpo astral, y las ramas al cuerpo mental. Estos tres cuerpos, físico, astral y mental, forman nuestra naturaleza inferior, la personalidad. Son estos tres cuerpos los que nos permiten obrar, sentir y pensar, pero en las regiones inferiores. Luego, vemos que el cuerpo causal corresponde a las hojas, el cuerpo búdico a las flores y el cuerpo átmico a los frutos. Los tres forman la trinidad superior, la individualidad; gracias a ellos el hombre puede pensar, sentir y obrar en las regiones superiores.

El estómago, por ejemplo, es una fábrica en donde se transforma la materia bruta; en él se encuentran las raíces de nuestro ser físico. La materia prima que le damos al estómago se elabora, a continuación, en los pulmones, en el

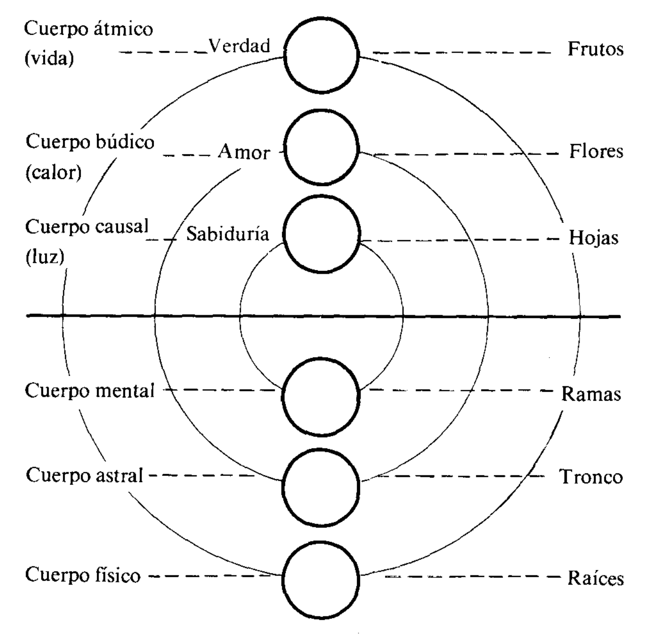
corazón y en el cerebro; se convierte en pensamientos y en sentimientos, y estos pensamientos y estos sentimientos descienden, a su vez, al organismo para alimentar a las células con sus energías sutiles. Así se llevan a cabo intercambios permanentes entre nuestro ser físico y nues-



tro ser psíquico, pero también entre nuestro yo inferior y nuestro Yo superior. Sin estos intercambios, sin esta circulación de energías, moriríamos.

Simbólicamente, el ser humano representa, pues, un árbol con raíces, tronco, ramas, hojas, flores y frutos. Pero si es evidente que todos los seres poseen raíces, tronco y ramas, la mayoría son árboles sin frutos, sin flores, e incluso sin hojas. Claro que cada ser puede hacer que nazcan flores en él; pero, para ello, tiene que trabajar, poseer un gran saber y sacrificar mucho tiempo para que estas flores puedan abrirse, exhalar sus perfumes y formar sus frutos. Los frutos son las obras de las diferentes virtudes.

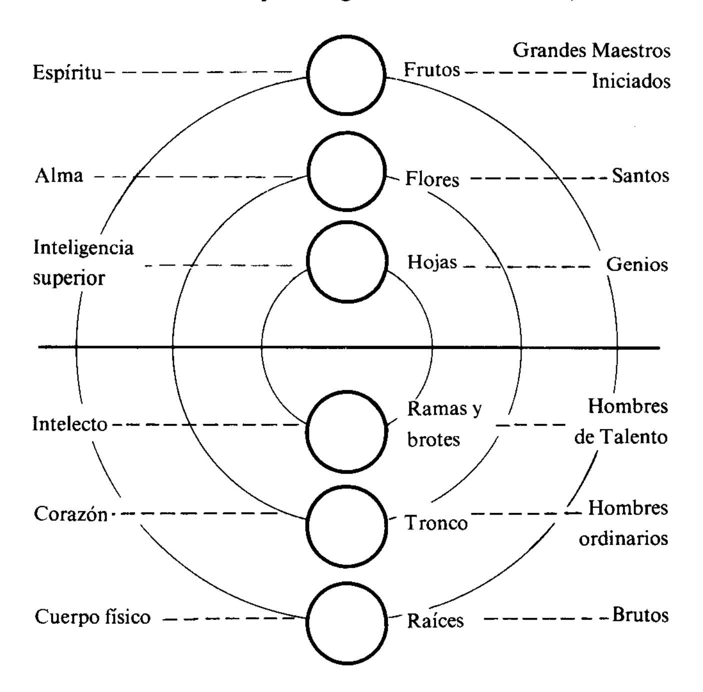
En las hojas, las flores y los frutos podemos ver también el amor, la sabiduría y la verdad. Las hojas representan la sabiduría, las flores el amor, y los frutos la verdad. Para aquél cuya conciencia ha descendido demasiado en la materia, ya no hay luz, ni calor, ni vida. Vive, pues, en la parte grosera del árbol: en los tres cuerpos, físico, astral y mental. El movimiento, el calor y la luz solamente se manifiestan en las hojas, en las flores y en los frutos. El que busca la sabiduría, el amor y la verdad, vive en las hojas, en las flores y en los frutos: en los tres cuerpos superiores.



Las raíces, preparan, pues, el alimento para los frutos que maduran en lo alto del ser; están, pues, relacionadas con los frutos; son el punto de partida mientras que los frutos son el punto de llegada. Cuando los frutos están maduros, el trabajo de las raíces se interrumpe. Los frutos, con sus huesos o sus pepitas, son las futuras raíces de otro árbol: de ellos empieza a brotar el nuevo tallo. El hecho de que ciertas plantas tengan frutos en sus raíces (tubérculos) indica la existencia de esta relación entre las raíces y los

frutos. Las plantas con tubérculos son aquéllas que no han sabido desarrollarse en el mundo espiritual y han permanecido bajo tierra.

Veis que existe también una relación entre el tronco y las flores, y entre las ramas y las hojas. Lo mismo sucede en el hombre en el que el cuerpo físico está relacionado con el espíritu, el corazón con el alma, y el intelecto inferior con el cuerpo causal o inteligencia superior. Por eso existen intercambios y una estrecha relación entre los brutos y los grandes Maestros, entre



los hombres ordinarios y los santos, y entre los hombres de talento y los genios.

Y ahora, mirad: las hojas transforman la savia bruta en savia elaborada; de igual manera, los alquimistas transformaban los metales en oro, gracias a la piedra filosofal. Los alquimistas buscaban la piedra filosofal para transformar los metales en oro. Sí, pero un alquimista debe ser algo más que un buen químico. El químico no tiene por qué introducir en sus experiencias más elementos que los elementos materiales, pero el alquimista sí. Por eso ciertos alquimistas que conocían perfectamente la fórmula de la piedra filosofal no conseguían obtener resultados, a pesar de que lo habían preparado todo cuidadosamente. No se trataba de buenos y verdaderos alquimistas. El verdadero alquimista sabe que, además de los elementos químicos que ha preparado de acuerdo con la fórmula, debe también emanar de él una fuerza que desencadena un proceso particular. Intelectualmente, muchos hombres conocen secretos, pero no pueden obtener resultados porque no poseen el poder ni las virtudes necesarias. Fabricar la piedra filosofal es menos un proceso físico que un proceso psíquico y espiritual. El que quiera obtener la piedra filosofal debe estudiar las virtudes y realizarlas en sí mismo; sólo así la materia le obedecerá.

III

CARÁCTER Y TEMPERAMENTO

Se dice, en general, de cada ver vivo, insecto u hombre, que tiene su carácter propio o, para emplear un término más vasto, sus características. En la conversación se emplean indiferentemente las palabras «temperamento» y «carácter» y, sin embargo, en realidad, no significan lo mismo.

El temperamento está esencialmente relacionado con lo vital; es una síntesis de todos los instintos, tendencias e impulsos que el hombre puede difícilmente corregir o suprimir porque tienen sus raíces en su naturaleza biológica y fisiológica. El temperamento, pues, tiene que ver, más bien, con el lado animal.

En cuanto al carácter, no se disocia del temperamento, pero representa el lado inteligente, consciente, voluntario. El carácter es el resultado de un trabajo consciente mediante el cual el hombre ha podido cambiar – añadir o recortar –algo a su temperamento, gracias a su inteligen-

cia, a su sensibilidad y a su voluntad. El carácter es el comportamiento de un ser consciente que sabe lo que hace y adonde va, mientras que el temperamento representa solamente los impulsos de la naturaleza biológica, las tendencias inconscientes y subconscientes. El carácter es como una síntesis de todas las particularidades del temperamento, pero dominadas y controladas.

Es casi imposible modificar el temperamento, porque cada uno viene al mundo con tal o cual temperamento bien determinado. Pero, como el carácter, en cambio, está constituído por las tendencias conscientes del ser que piensa, que reflexiona, que desea afirmarse en mejor – o en peor – puede dar nacimiento a una actitud, a una forma de manifestarse que a menudo está en contradicción con el temperamento. Eso es el carácter. El carácter es, de alguna forma, el temperamento matizado, coloreado, orientado y dirigido hacia una meta, hacia un ideal. Es como un hábito adquirido conscientemente que acaba por convertirse en otra naturaleza. El carácter no existe en el momento del nacimiento, se forma con el tiempo. Podemos verlo en los niños: tienen temperamento, pero todavía no tienen carácter.

Hipócrates, distinguía cuatro tipos de temperamentos: sanguíneo, bilioso (o colérico), ner-

vioso y linfático. Pero existen otras clasificaciones. Para la astrología tradicional hay siete: solar, lunar, mercurial, venusino, marciano, jupiterino y saturnino. Podemos también distinguir tres, según que el hombre sea más instintivo (con predominio del aspecto biológico), más sentimental (con predominio del aspecto afectivo) o más intelectual (con predominio del aspecto mental).

El temperamento es, pues, lo que es; pero el medio, la familia, la sociedad, la instrucción, etc., ejercen una influencia sobre él que, al transformarlo, modela el carácter. El individuo forma su carácter en función del medio y de las condiciones en las que vive; por eso, precisamente, el carácter puede mejorarse o deteriorarse. En el carácter interviene la voluntad personal y consciente, que juega un gran papel porque revela lo que el hombre ha decidido o aceptado ser, pero la influencia de los demás también es muy importante.

No es necesario que os explique, una vez más, que si el hombre nace con tal o cual temperamento, no es sin razón. Ya sabéis que se debe a las vidas anteriores, a las encarnaciones precedentes: en el pasado, el hombre, con sus pensamientos, sus deseos, sus actos, se relacionó con ciertas fuerzas que determinan ahora su subconsciente, es decir, su temperamento; y poco

puede hacer en este terreno. Sucede lo mismo que con el sistema óseo: tampoco ahí puede cambiar nada; no puede ensanchar su cráneo, ni alargar su nariz, ni enderezar su mentón si lo tiene hundido. Igualmente, el temperamento está constituído por elementos inconscientes, y, si bien es cierto que en la naturaleza todo se transforma o puede modificarse con la omnipotencia del pensamiento y de la voluntad, estos cambios, sin embargo, son tan lentos y tan imperceptibles que podemos considerarlos como inexistentes a la escala de una encarnación. Pero, en cambio, podemos modificar el carácter, mejorarlo, moldearlo, y éste es, precisamente, el trabajo del discípulo de una Enseñanza espiritual.

Suponed un hombre dinámico, fogoso, incluso violento; es tan brusco y tan categórico que no puede pronunciar una frase sin herir a los demás o contrariar sus intereses. Su temperamento impulsivo es el que le empuja a producir erupciones y explosiones. Pero un día, este hombre se da cuenta de que su actitud le causa grandes perjuicios y, gracias a su voluntad, consigue, al cabo de algún tiempo, dulcificar su carácter y poner, como se dice, un poco de agua en su vino. En realidad continúa siendo capaz de responder con injurias o con golpes – y así será hasta el fin de su existencia – pero, gracias a su voluntad, consigue dominarse y encontrar el ges-

to, la palabra, la mirada que no produzcan daños. Esto es el carácter.

El carácter es, pues, una forma de comportamiento (comportamiento para con los demás y para consigo mismo), que está injertada, si queréis, en el temperamento. Es una actitud, una manera de actuar, que resulta de la unión, de la unificación de diversos elementos, cualidades o defectos determinados.

El trabajo del discípulo debe estar fundamentado en este conocimiento del temperamento y del carácter para que pueda llegar, aunque su temperamento no le predisponga demasiado para ello, a moldearse un carácter extraordinario de bondad, de grandeza y de generosidad. No es fácil, desde luego, porque, si no, todo el mundo habría conseguido ya tener un carácter divino; pero hay que trabajar en este sentido.

Tomemos aún el ejemplo del árbol. ¿Dónde está su temperamento? En las raíces. Son las raíces las que determinan toda la estructura, las cualidades y la fuerza del árbol. En cuanto al carácter... claro que un árbol no puede tener carácter, pero, sin embargo, sus frutos y sus flores tienen cualidades, propiedades particulares (astringentes, laxantes, calmantes, excitantes, nutritivas, etc.) que podemos decir constituyen su «carácter». Pues bien, el árbol no podría pro-

ducir sus manifestaciones características, sus flores y sus frutos, si no tuviera raíces. Y, de la misma forma, el hombre no podría tener un carácter si no tuviese un temperamento. El temperamento le sirve como depósito del que extrae los elementos de su carácter. Sucede como en una fábrica o en un laboratorio: tal producto corresponde a tal laboratorio, tal fabricación a tal fábrica. Está determinado.

En los animales, no podemos hablar de carácter. El carácter de los gatos, de los perros, de las ratas, es su manera particular de morder, de arañar, de ladrar, de comer, de correr. Es, por tanto, poca cosa. Los animales sólo tienen temperamento, porque, como acabo de deciros, el carácter es una particularidad que el hombre forma conscientemente en sí mismo; mientras que los animales no pueden hacer nada para transformarse, son tal como los ha hecho la naturaleza. La diferencia, pues, entre los animales y los hombres estriba en que los animales están limitados por su temperamento, están condenados a no poder salirse de los límites que la naturaleza les ha impuesto y siempre son fieles a su instinto. Cuando se despedazan entre sí, los animales son inocentes, no transgreden las leyes de la naturaleza, porque actúan conforme a estas leyes. Mientras que los hombres disponen de muchas posibilidades y de condiciones favora-

bles para transformarse, para bien o para mal, e incluso para transgredir las leyes naturales y no obedecerlas.

Llegamos ahora a una cuestión mucho más práctica: la de cómo transformarse. Evidentemente, es difícil; la materia de nuestro ser físico y psíquico es resistente, no se deja moldear fácilmente. Sin embargo, es posible, y vamos a ver cómo.

La materia existe bajo cuatro formas: sólida, líquida, gaseosa e ígnea, que corresponden a los cuatro elementos: tierra, agua, aire y fuego. Cada uno de estos elementos se caracteriza por tener una sutilidad y una movilidad cada vez mayores en relación a los demás elementos precedentes. Se puede decir que volvemos a encontrar estas cuatro grandes categorías en el hombre mismo: a la tierra le corresponde el cuerpo físico; al agua le corresponde el cuerpo astral (el corazón); al aire le corresponde el cuerpo mental (el intelecto); al fuego le corresponde el cuerpo causal (el espíritu). ¿Qué relaciones existen entre todos estos elementos? Para comprenderlo, vamos a leer ahora una página del gran libro de la naturaleza viviente.

Alguien volvía un día de dar un paseo por el borde del mar. Yo le digo: «¿Qué ha visto Vd. allí abajo? – Nada de particular. – ¿Cómo? ¿No

ha visto nada? – No, no había nada que ver: el mar estaba en calma, el sol brillaba, y esto es todo. – Pero había allí algo esencial, algo que, si Vd. lo hubiese visto y comprendido, podía cambiar toda su vida, transformar todo su ser.» Evidentemente, me mira asombrado. Yo le pregunto: «¿Ha visto las rocas? – Sí. – ¿Y ha observado sus formas recortadas? – Sí. – ¿Quién ha hecho eso? – El agua, desde luego, al lanzarse sobre ellas. – ¿Y quién ha empujado al agua? –El aire. – ¿Y quién ha puesto el aire en movimiento? – Bueno, debe haber sido el sol. – ¡Muy bien!» Pero me mira aún sin comprenderme, y entonces le explico.

El sol pone el aire en movimiento, el aire actúa sobre el agua y el agua sobre la tierra. Traduzcamos: el espíritu actúa sobre el intelecto, el intelecto sobre el corazón, y el corazón sobre el cuerpo físico. Por eso, debéis aprender a trabajar con vuestro espíritu, porque éste iluminará al intelecto; el intelecto, a su vez, instruirá al corazón, y el corazón purificará el cuerpo físico. Sí, comprendiendo el trabajo de los cuatro elementos, podéis transformaros: primero el carácter, y después, quizá un día lleguéis incluso a cambiar un poco el temperamento. Es posible transformarse enteramente, pero sólo si se empieza por el principio: por el espíritu. Poned en vuestro espíritu a un ser sublime, y concentraos en él

todos los días: introducirá en vosotros vibraciones nuevas que se propagarán poco a poco hasta las profundidades de vuestro ser.

Evidentemente, se trata de una empresa de larga duración cuyos resultados no veréis de inmediato, pero que eso no os detenga. ¡Mirad cuánto tiempo ha necesitado el mar para moldear las rocas! ¡Vamos, ánimo!, vosotros también llegaréis, un día, a moldear vuestra «roca», vuestro cuerpo físico.

IV

LA HERENCIA DEL REINO ANIMAL

El ser humano es una síntesis de odo lo que existe en el universo. Así que no os extrañéis de oírme decir que los animales también se encuentran en él; se encuentran en su subconsciente bajo la forma de instintos, de impulsos, de tendencias. Nuestra vida instintiva y pasional representa a una multitud de animales que tenemos la responsabilidad de domesticar y de poner a trabajar, tal como ya hemos hecho con el caballo, el buey, el perro, la cabra, el gato, la oveja, el camello, el elefante, etc...

Cuando Adán y Eva estaban en el Paraíso, vivían fraternalmente con los animales, y los mismos animales convivían apaciblemente. Adán se ocupaba de ellos y todos le obedecían, le comprendían. Diréis que nunca habéis leído esto en las obras de los historiadores; sí, pero si tenéis a vuestra disposición el Akasha Crónica, los Anales de la humanidad, os enteraréis de que antes de la caída, cuando el ser humano poseía

la luz, el saber, la belleza, el poder, todas las fuerzas de la naturaleza estaban en armonía con él y le obedecían. Pero después, cuando se decidió a escuchar otras voces y a seguir otras voluntades, simbolizadas en el Génesis por la serpiente, perdió su luz, así como su poder sobre los animales entre los que se produjo una verdadera escisión : algunos continuaron siendo amigos del hombre, permaneciéndole fieles, mientras que otros le declararon la guerra porque no podían perdonarle su falta.

Claro que la mayoría de los humanos está lejos de aceptar semejante idea ; no ven ninguna relación entre su propia naturaleza y la de los animales. Pero puedo deciros también que muchos de nuestros estados interiores tienen forma de tigres, de jabalíes, de cocodrilos, de leopardos, de cobras, de escorpiones, de pulpos, mientras que otros tienen forma de pájaros llenos de dulzura y de gentileza. Dentro de nosotros bulle toda una fauna. Si creéis que los animales prehistóricos como los dinosaurios, los ictiosaurios, los pterodáctilos, los diplodocus y los mamuts han desaparecido, os equivocáis, están dentro de nosotros. Diréis : « ¡ No hay tanto sitio dentro de nosotros ! » Desde luego, pero están ahí bajo otra forma, en nuestros cuerpos astral y mental inferiores. Hay que comprender que no son la forma y las dimensiones físicas del

animal las que aquí cuentan sino su naturaleza, la quintaesencia de sus manifestaciones.

Sin duda habéis observado que, independientemente de su aspecto físico, cada animal es conocido por una cualidad particular. Del conejo, no se habla tanto de su forma de alimentarse, ni de sus orejas largas y anchas, como de su temperamento miedoso. Del lobo, tampoco se menciona su cuello grueso o su capacidad para recorrer grandes distancias, sino de su instinto asesino : cuando tiene hambre y entra en un aprisco, no se contenta con matar a una oveja, con lo que tendría suficiente, sino que, a menudo, mata a varias. El león tiene como características la altivez y la audacia ; el tigre, la crueldad ; el águila, la vista penetrante y el amor de las alturas ; el macho cabrío, la sensualidad ; el cerdo, la suciedad ; el perro, la fidelidad ; el cordero, la dulzura ; el gato, la independencia y la agilidad ; el buey, la paciencia ; el camello, la sobriedad ; el gallo, la combatividad, etc... Si tuviésemos que enumerar a todos los animales no acabaríamos nunca.

Los animales se encuentran, pues, en nosotros en lo que se refiere a sus cualidades o a sus defectos. Por otra parte, también es verdad que algunas personas tienen una cara que nos recuerda mucho a un animal. Muy a menudo también yo he verificado cuánta razón tenía el

fisionomista suizo Lavater cuando hacía notar los parecidos entre ciertos humanos y ciertos animales: puercos, carneros, monos, perros, caballos, camellos, gallinas, peces, etc...

Observaos bien y podréis descubrir a muchos animales dentro de vosotros: veréis que tal sentimiento es un león, que tal otro es un escorpión. Los pensamientos corresponden al mundo alado y tienen una analogía con los pájaros, mientras que los sentimientos abarcan un campo extremadamente vasto: los reptiles, los cuadrúpedos, los humanos, y también elementales, larvas, espíritus desencarnados... Ninguno de los pueblos primitivos y tribus que existieron ha desaparecido. Todo vive en el hombre, pero os es difícil de comprender cómo y en qué estado de materia han permanecido esta formas. De momento, os digo tan sólo unas palabras sobre ello; pero retened que en el ser humano se acumula todo: las montañas, los lagos, los ríos, los océanos, los pantanos, los árboles, las flores, los cristales, los minerales, los metales y, evidentemente, los animales.

Y ahora, ¿cuál es el papel del hombre? El hombre tiene como misión domesticar, armonizar y reconciliar todo lo que tiene dentro de sí. Así las fieras se transformarán en animales domésticos y trabajarán para él. Tiene interés en

ello, lo vemos en la vida corriente: un campesino que posee muchos animales domésticos hace que estos trabajen la tierra, transporten cargas, y vive y se enriquece gracias a sus productos.

Los humanos tienen un papel inmenso en la creación, pero lo han olvidado al alejarse de la Fuente. Ya no saben cuál es su predestinación y en vez de educar a los animales que tienen dentro, actúan exactamente como ellos: se destrozan y se devoran entre sí. Lo que tiene algo de humano son los trajes, las decoraciones, las casas, algunos libros, algunas obras de arte; sí, eso atestigua algo de cultura, pero la vida interior no va muy allá que digamos... es un hervidero en el que bullen toda clase de bestias feroces: sí, los mismos instintos, las mismas crueldades. No creáis que el ser humano se haya liberado de los animales. Pero como no les ve, no piensa que puedan existir en sus pensamientos y en sus sentimientos. ¡Y, sin embargo, existen! ¡Los celos, el odio, el deseo de venganza, son animales! Nuestro trabajo, ahora, es domesticarlos, amansarlos, hasta hacer que nos sirvan. La cólera, la vanidad, la fuerza sexual, hay que ponerlas a trabajar, domesticarlas, a fin de servirnos de ellas para el bien. El que sabe domesticar a los animales feroces que viven dentro de él, puede contar con el trabajo que le suministran, y gracias a ellos vivirá en la abundancia.

Mirad lo que sucede en ciertas zonas rurales o en ciertos países que todavía son salvajes. Si no vigilan a los niños, a las aves de corral, al ganado, si no toman medidas para protegerlos, pueden venir las fieras a matarlos y a devorarlos. De igual forma, si el hombre no sabe preservarse, de vez en cuando vienen las fieras a devorar a sus propios hijos. Y, ¿quiénes son estos hijos? Son los buenos pensamientos, los buenos sentimientos, los buenos impulsos, las buenas inspiraciones que ha traído al mundo. Si no los protege, otro se los comen, fuerzas hostiles que les acechan y que vienen a saquear el gallinero, el ganado, los niños... Y después se pregunta por qué es pobre, miserable, débil. ¡Cuántas veces lo he verificado! Cuando alguien me dice: «Tenenía buenos proyectos, y ya no los tengo. He perdido mis inspiraciones, mi entusiasmo...» quisiera decirle: «Es porque no ha estado vigilante, se ha dormido y las fieras han venido a saquearlo todo». A menudo no lo digo, porque sé que no me creerán. Y, sin embargo, ¿cómo explicar el hecho de que todos estos buenos impulsos hayan desaparecido?

Esta cuestión de los animales en el hombre es muy importante. Para dominarlos hay que ser fuerte; y esta fuerza sólo pueden darla la pureza y el amor. En la India, por ejemplo, ciertos ascetas o yoguis que se han retirado en los bosques

no son inquietados por las fieras que se pasean a su alrededor sin hacerles daño. Los animales son muy sensibles, sienten el aura, la luz que sale de estos seres. Son los humanos los que no tienen ninguna sensibilidad, pero los animales, en cambio, sienten las cosas. Por tanto, para hacerse obedecer por sus animales interiores, el hombre debe aumentar su luz, su pureza y su amor, es decir, acercarse al Señor cada vez más. Entonces, estos animales empiezan a sentir que vuelve a ser de nuevo su verdadero dueño, y se ven obligados a obedecer. De otra forma, podéis hacer lo que queráis, no os obedecen.

No soy el único que ha hecho este descubrimiento: antes que yo, miles de personas han descubierto que los animales obedecen al que marcha por el camino de la luz. Pero yo hablo más bien de los animales interiores, porque hablar de los otros no tiene demasiado interés: no todos los días tendréis ocasión de ir a pasearos por las selvas habitadas por fieras. Cuando viajé a la India, visité regiones en las que había tigres. Me habían prevenido, y lo extraordinario es que nunca vi a ninguno. ¿Por qué?... O bien tenían miedo de mí, porque sentían que yo era más cruel que ellos, y se largaban, o bien no me cupo esta suerte, ¡no merecía encontrarlos! Por eso no pude saber si soy o no capaz de amansar las fieras de la selva...

En los tiempos de persecuciones contra los cristianos hubo también casos en que las fieras, en las arenas, respetaban a ciertas víctimas. En cambio, otros eran despedazados inmediatamente. Pero no siempre era porque las personas no fuesen puras o no tuviesen fe, sino porque estaban predestinadas a sufrir este tipo de muerte. Porque la forma en que muere un hombre no es nunca fruto de la casualidad; será por mordedura de serpiente, por hundimiento de la casa, por agua hirviente, por veneno, por ahogamiento, por bala de revólver o por cuchillada, pero todo está determinado de antemano por una razón precisa. Cada ser tiene conexiones especiales con uno de los cuatro elementos y, según el caso, debe actuar la tierra, el agua, el aire o el fuego.

El trabajo de domesticar a los propios animales es un trabajo digno de ser emprendido, y que reporta grandes beneficios si se consigue el éxito. Si se llega a domesticar a los animales interiores, se puede actuar, a continuación, sobre los animales exteriores. No podemos actuar sobre los demás si no hemos tenido éxito, primero, sobre nosotros mismos. He visto a varios domadores en varios países. Evidentemente, el hecho de que domen a las fieras no significa que hayan logrado dominar a las fieras que tienen dentro: han

conseguido la doma gracias al miedo que inflingen a los animales, y estos obedecen porque no pueden hacer otra cosa, eso es todo; pero, si relajan su vigilancia, inmediatamente los animales se les echan encima.

Cuando yo era alumno en el liceo de Varna, en Bulgaria, vino un encantador de serpientes a hacernos una demostración. Estaba vestido de amarillo y llevaba sacos con toda clase de serpientes, incluso venenosas. Hacía salir algunas de ellas, las ponía en el estrado y empezaba a mirarlas fija e intensamente. Su mirada era formidable; las serpientes retrocedían. Nosotros estábamos muy impresionados. Pero, poco tiempo después, nos enteramos de que había muerto, mordido por una de sus serpientes. Seguramente porque no había mantenido la suficiente atención. Si hubiese estado atento, si hubiese logrado dominarse y, sobre todo, si hubiese sabido irradiar este amor ante el que se inclinan incluso los más crueles animales, ciertamente que no hubiera sido mordido.

En fin, dejemos todo eso. Quedaos con el pensamiento de que todos los reinos de la naturaleza están presentes en nosotros. Nuestro sistemeo óseo corresponde al reino mineral; el sistema circulatorio al reino animal; el sistema ner-

vioso al reino humano. A continuación viene el sistema aúrico, mucho más sutil que el sistema nervioso, y que representa el límite entre el mundo humano y el mundo angélico.

Todas las enseñanzas iniciáticas están de acuerdo en este punto: el hombre es un resumen de la creación; por eso le llaman el «microcosmos» o pequeño mundo, en tanto que reflejo y síntesis del «macrocosmos» o gran mundo, el universo. Este conocimiento explica el trabajo de los Iniciados: puesto que todas las regiones del universo están contenidas en ellos, saben que, desencadenando ciertos movimientos dentro de sí, llegarán a alcanzar el Cielo. Pero si el Cielo está contenido en el hombre, también lo está el Infierno, desgraciadamente. Sí, todos los diablos están ahí también. Menos mal que están un poco aturdidos, paralizados, anestesiados, y que algunos ni siquiera se mueven; pero si los reanimamos, como se reanima, por ejemplo, a una serpiente, inmediatamente nos muerden. Para que las serpientes sean inofensivas hay que enfriarlas. En cambio, con el calor, se hacen peligrosas.

Existen diferentes clases de calor, y una de ellas, en particular, propicia totalmente el despertar de la serpiente, es decir, de la energía sexual. ¡Cuántas veces somos mordidos por

haber calentado demasiado a esta serpiente ¡ Por eso los Iniciados procuran enfriarla un poco: para volverla inofensiva. Para eso sirve el frío. Hay que ser un poco frío en este terreno, pero conservar otra clase de calor, el calor del corazón. ¡El lenguaje de la naturaleza es formidable! Y, ¿cómo podemos calentar a la serpiente? No seré yo quien os lo enseñe; la gente lo sabe muy bien: con alcohol, con afrodisíacos, o bien con ciertas actitudes, con ciertas palabras, ciertas miradas, ciertos perfumes, ciertas músicas. Entonces la serpiente se despierta, y lo primero que hace es morder al imprudente que la ha despertado.

La serpiente, el dragón, está dentro de nosotros mismos... Y la paloma, que tiene un significado opuesto al de la serpiente, también. La paloma y la serpiente no se quieren. La serpiente detesta a la paloma y la paloma tiene miedo de la serpiente. Ya os he explicado la identidad que hay, desde el punto de vista astrológico, entre el águila (la paloma) y el escorpión (la serpiente). Os acordáis que los cuatro Animales santos: el león, el toro, el águila y el hombre, corresponden a los cuatro signos del zodíaco: Leo, Tauro, Escorpio y Acuario. Y, ¿por qué corresponde el águila al signo de Escorpio? Porque, en el pasado, el águila ocupaba este lugar,

pero después de la caída del hombre, el águila fue reemplazada por el escorpión que simboliza al águila caída. El escorpión debe volver a ser a la vez águila y paloma. Todo el proceso de la sublimación sexual está contenido en este símbolo.

V

EL MIEDO

En determinadas circunstancias el instinto es un buen guía, pero en otras, en absoluto. En una época en que el hombre se encontraba en un estadio muy primitivo, cercano al animal, el instinto era su mejor guía; pero cuando, gracias al desarrollo de su cerebro, alcanzó un nivel superior, empezó a tener otros guías: la razón, la inteligencia, y ahora debe seguir a estos nuevos guías. Lo que era aceptable y hasta bueno en el pasado ya no lo es en absoluto en el presente. Tomemos el ejemplo del miedo. Para los animales, el miedo es un guía muy positivo: es el que les salva, se instruyen gracias a él. Pero al hombre ya no le está permitido tener miedo. Por eso el cometido de la Iniciación ha sido siempre enseñar al discípulo a vencer el miedo. Las pruebas terroríficas por las que tenían que pasar los discípulos en los santuarios antiguos, a menudo no tenían otro sentido que el de obligarles a

triunfar de este miedo heredado del reino animal.

Contra el miedo no se ha encontrado mejor remedio que el amor: si amáis ya no tenéis miedo. El saber también es eficaz, pero no siempre tanto como el amor, porque el amor, como el miedo, pertenece al terreno del instinto, y es más fácil vencer y dominar a un instinto con otro instinto que con el saber o la razón. Puede suceder, a veces, que la razón calme el miedo, pero el resultado no siempre es duradero ni seguro. En cambio, conmoved el corazón de alguien y se echará al fuego por vosotros. Si una mujer ve a un desconocido en peligro, quizá dude en arriesgarse por él tratando de salvarle, pero, si se trata de su hijo, se precipitará sin reflexionar. O aún, una muchacha miedosa nunca irá a pasar por un cementerio de noche, pero, si tiene que hacerlo para reunirse con su enamorado, lo hará sin miedo. El amor le da esta audacia.

En otros casos, es verdad, el saber puede ser un arma contra el miedo. Estáis perdidos en un bosque y no conocéis el camino: es normal que tengáis miedo; pero, si sabéis cómo orientaros, si tenéis una lámpara, vais tranquilamente. Siempre se tiene miedo de lo que no se conoce y no se sabe utilizar: como los animales, que tienen miedo del fuego, o como los primitivos, que

no sabían lo que eran las fuerzas de la naturaleza y temblaban ante ellas. Ahora que los humanos han llegado a domesticar estas fuerzas, trabajan en las centrales eléctricas o nucleares apretando tranquilamente determinado interruptor, o abriendo determinado grifo, y no tienen miedo porque saben qué es lo que tienen que manipular. Pero, alguien que no esté enterado, tendrá, evidentemente, miedo de tocar cualquier cosa.

El hombre cultivado, el hombre civilizado, ya no tiene, pues, miedo de los elementos y de las fuerzas de la naturaleza... pero tiene miedo de su mujer, de su vecino, de su jefe, miedo de la enfermedad, miedo de la miseria, de la muerte y, sobre todo, miedo de la opinión pública. Quizá no tema ni a Dios ni al Diablo, pero la opinión pública le hace temblar, y está dispuesto a sacrificarlo todo por ella. Hay muchos miedos que el hombre civilizado no ha vencido todavía, porque el miedo es un instinto que está sólidamente enraizado en el alma humana; hay que luchar durante mucho tiempo para vencerlo. Toma múltiples formas; le expulsamos de un lado, y se instala en otro...

Nastradine Hodja, que no era tonto, había observado que, aunque no quisiesen admitirlo, todos tenían miedo de algo; y, un día, que se había quedado sin dinero, decidió enriquecerse

forzando a la gente a que reconociesen que tenían miedo. Se fue a ver al Sultán: «¡Que las bendiciones de Alá desciendan sobre tu cabeza! Vengo a pedirte una gracia: permíteme pedir cinco céntimos a cada uno de los sujetos de tu reino que tengan algún tipo de miedo. – Es poca cosa, dijo el Sultán, te lo concedo.» Transcurrió algún tiempo y Nastradine Hodja volvió de su gira con tres camellos cargados con las monedas que había recogido porque, de una u otra forma, todos los que había encontrado revelaban, con sus palabras o su actitud, que temían algo o a alguien. Se presentó ante el Sultán y declaró: «Todos han tenido que darme una moneda, nadie ha escapado a la confesión de que sentía miedo... y ahora he venido para que tú también me dés una moneda. – ¡Oh! dijo el Sultán, te irás de aquí con las manos vacías porque yo no tengo miedo de nada.» Pero como era muy generoso, invitó a Nastradine Hodja a comer y a beber con él y con algunos cortesanos. En medio del festín, Nastradine Hodja, que estaba sentado al lado del Sultán, le dijo, de repente, con voz muy fuerte: «Majestad, en el transcurso de mis viajes he encontrado una mujer encantadora. Para agradecerte el haberme permitido hacerme rico, quisiera ofrecértela; verdaderamente, es digna de tu harén. Si quieres, voy a buscártela. –¡Chit! ¡No tan fuerte!, dijo el Sultán, va a oír-

te mi favorita. – ¿Ves? ¡Tú también tienes miedo! ¡Vamos, dame cinco céntimos!»

Diréis: «Pero, ¿tan importante es no tener miedo? ¡Se puede vivir aunque se tenga miedo!» Sí, claro, pero mirad: os encontráis a un perro en la calle... Si os echáis a correr porque tenéis miedo, el perro, que lo siente, os persigue ladrando; y si otros perros ven a su camarada persiguiéndoos, se ponen también a correr y a ladrar... Y así es como, por haber tenido miedo, ¡tenéis a toda una jauría detrás! Si en vez de haber tenido miedo y huir os hubieseis vuelto diciéndole al perro que se callara, os habría dejado tranquilos.

Por lo demás, de una forma general, cuando os encontréis ante un peligro cualquiera, antes de emprender nada, permaneced inmóviles durante un instante. No os mováis, no habléis, apretad vuestro puño derecho respirando profundamente, conectaos con Dios, y así podréis dominar a vuestras células. Haced a continuación lo que haga falta para salvaros, pero, al principio, no os mováis. Si hacéis un movimiento, es como si hicieseis saltar una presa: las olas desencadenadas se desbordarán y ya no podréis dominar la situación. Así se ha visto a gente saltar por la ventana o echarse al fuego.

Ante el peligro debéis permanecer inmóviles y conectaros con la Providencia, y entonces sen-

tiréis que nace la paz, que es el requisito previo para que se despierten las fuerzas benéficas; sentiréis estas fuerzas y veréis su poder, porque siempre están presentes en vosotros, pero hay que crear las condiciones adecuadas para que puedan manifestarse.

Esta ley es verídica tanto para el mundo interior como para el mundo exterior. Cuando os sintáis amenazados interiormente, no «corráis», porque entonces, también ahí vuestro enemigo va a perseguiros, y cuanto más corráis, más seréis acosados y mordidos. Haced lo mismo que con el perro: daos la vuelta, mirad cara a cara a todos estos monstruos que os aterrorizan, y huirán. Pero no sabéis hacerlo, y en vez de afrontar el peligro, corréis a la farmacia o al psiquiatra. Pues bien, ésta es la mejor manera de convertiros en víctima, porque debéis saber también que existe una ley según la cual, si tenéis miedo de una cosa, creáis las condiciones para que se produzca. Por tanto, si no queréis atraer una desgracia, empezad por no temerla. En cuanto os sienten fuertes, os dejan tranquilos.

Si, por ejemplo, un hombre tiene miedo de ver mujeres desnudas porque piensa que va a ser tentado y que va a perder el dominio de sí... (ya sé que este temor es cada vez más raro, porque ahora, al contrario, más bien se buscan las tentaciones; pero tomemos este ejemplo, a pesar de

todo), pues bien, el miedo crea las condiciones para su caída. Además, ¿dónde está el mal en ver a una mujer desnuda? El mal no está en eso, sino en ser débil y sucumbir. No hay que ser débiles, eso es todo. No hay que naufragar y luego decir, para justificarse: «Era más fuerte que yo.» Quien dice! «era más fuerte que yo»! firma su sentencia de muerte. Nada debe ser más fuerte que vosotros.

¡Cuánta gente se refugia detrás de esta frase: «Era más fuerte que yo»! , y todos encuentran que es normal, claro, porque los débiles se comprenden entre sí. Pero un Iniciado tan sólo dirá: «He ahí un hombre sin voluntad ni saber que siempre encontrará algo más fuerte que él; bien sea la cólera, o la sensualidad, o los celos, o el deseo de venganza, siempre habrá algo que lo tire por los suelos». Y así, ¿cuándo llegará, por fin, el momento de dominar la situación? Si no comenzamos en esta encarnación a hacer esfuerzos para triunfar de algunas de nuestras debilidades, en la siguiente seguiremos estando en el mismo punto.

Los humanos están a merced de sus temores sin saber que estos son el resultado de una falta de conocimiento, de una falta de luz. La prueba: cuando uno penetra en un lugar oscuro, no se siente tranquilo hasta que ha logrado encender una lámpara. ¡Ved qué conclusiones tan fantás-

ticas podemos sacar de este fenómeno para la vida espiritual! La oscuridad es la ignorancia, y tenemos miedo porque sentimos los peligros que ésta nos hace correr.

Si profundizamos en la cuestión, descubriremos que incluso la moral que ha sido dada a los humanos está basada en el miedo: el miedo de verles sucumbir a sus debilidades. Para los que son fuertes, para los que son capaces de dominarse, todo es bueno, todo está permitido. Pero con los débiles siempre hay que tomar precauciones; hasta hay que prohibirles el Cielo, porque el Cielo les volvería locos. Reflexionad; cuando uno es débil, todo se vuelve peligroso: el amor, la belleza, la pureza, la luz, la alegría... E incluso vivir es peligroso. Entonces, ¿qué queda? Nada. ¡Cuántas reglas han sido inventadas a causa de la debilidad humana! Pero el día que el hombre se vuelve fuerte, será preconizado lo que ahora le está prohibido. Cuando ciertas reglas morales ya no tengan razón de ser, serán suprimidas.

Cuando el hombre ya no robe ni cometa adulterio, ¿por qué tendría que seguir oyendo mandamientos a este respecto?... E incluso os diré que el matrimonio se inventó cuando el amor comenzó a desaparecer. Puesto que los humanos ya no sabían lo que era el verdadero

amor, era preciso que estuviesen atados por un contrato. Si no, el verdadero matrimonio es el amor mismo. La naturaleza no reconoce más matrimonio que éste. Para la sociedad, si no habéis ido al Ayuntamiento o a la Iglesia no estáis casados; pero la naturaleza no reconoce este matrimonio, sólo reconoce al amor. ¡Es tan cierto! Se ha instituído el matrimonio, pero ¿acaso ello impide que la gente se separe? No, sólo el amor puede hacer que permanezcan juntos.

Ya os he dicho que el amor es la mayor arma contra el miedo, y os he dado ejemplos. Pero, en realidad, únicamente el amor para con el Creador, para con Aquél que lo dirige todo, que lo distribuye todo, que es el más rico, el más hermoso, el más poderoso, puede, verdaderamente, daros la sensación de estar protegidos. Y cuando uno se siente protegido ya no tiene miedo; he ahí una gran ley psicológica. Pero los psicólogos prefieren ocuparse de todos los desequilibrios y aberraciones antes que de los sentimientos que permiten al hombre triunfar en todas las circunstancias de la vida. Mirad a los que aceptaron el martirio por su fe, por una idea: ¿de dónde les venía su fuerza?... ¿Por qué, entonces, continuar temblando toda la vida ante las cosas más insignificantes? Alguien tiene dinero: mirad cómo anda, cómo da órdenes, cómo trata

de imponerse... Pero quitadle este dinero e id a verle: está hundido, se suicida, porque ya no se siente protegido por nada. El dinero era, pues, su poder; él, por sí mismo, no era ni fuerte ni poderoso.

Se dice en los Evangelios que los miedosos no entrarán en le Reino de Dios. Lo que prueba hasta qué punto es importante para el discípulo aprenden a vencer el miedo. Puede tener otras virtudes, pero si es miedoso, todas sus virtudes no son suficientes para permitirle entrar en el Reino de Dios. ¿Eso os extraña? No, no debéis extrañaros. ¡Cuántas veces se ha visto que el miedo se opone a las manifestaciones de todas las buenas cualidades! ¡Mirad, por ejemplo, cuán cobardes, deshonestos, egoístas y crueles puede volver a los hombres el miedo a la soledad, a la pobreza, al deshonor, a la enfermedad y a la muerte! ¡Cuántos crímenes han sido cometidos por gente que tiene miedo de perder una cosa que quiere mucho y a la que se aferra! En la Antigüedad, el que quería pasar la Iniciación tenía que afrontar unas pruebas en las que debía mostrar que había vencido el miedo. Y nosotros también debemos vencer el miedo, sabiendo que Dios está escondido detrás de las pruebas que nos esperan y de los peligros que nos amenazan. Sí, Dios se esconde detrás de nuestras pruebas para instruirnos. Por eso, para

liberarnos del miedo, tenemos que aprender a olvidarnos completamente para refugiarnos en la conciencia de nuestra conexión con Dios.

Si está escrito que tenéis que desaparecer, ¿dónde podréis esconderos? Se ha querido arrancar del peligro a determinadas personas llevándolas muy lejos, a lugares en los que reinaba la seguridad, y en el momento en que alcanzaban su refugio, la muerte les sorprendía de otra manera. En vez de tener miedo, tenemos que decirnos que estamos en las manos de Dios y que todo lo que debe suceder es asunto de Dios. Si El encuentra que somos útiles aquí nos salvará, si no, nos hará partir. Es inútil pretender preservar nuestra vida puesto que ésta no nos pertenece sino que pertenece a Dios. El miedo es la consecuencia de esta ignorancia. Por eso, para vencer el miedo, hay que consagrar la vida a Dios para que disponga de ella como mejor le parezca. El único miedo que se nos permite tener, e incluso que hemos de tener, es el de transgredir las leyes divinas. El que se ha quitado de encima este miedo está perdido, todos los peligros le acechan. El miedo de transgredir las leyes divinas es un sentimiento saludable que debe permanecer siempre presente en nuestra alma.

De ahora en adelante, pues, cuando os encontréis ante las dificultades, en vez de tener

miedo y huír, tenéis que enfrentaros con ellas, porque si no, los enemigos no os soltarán. Para vencer a los enemigos de los planos astral y mental tenemos que ser audaces, es decir, tener amor y luz, porque la luz (el saber) y el calor (el amor) producen la fuerza que os permite triunfar.

VI

LOS CLICHÉS

Si consultáis a los biólogos sobre la herencia, os dirán que todos los rasgos del carácter que el niño recibe cuando nace están contenidos en los cromosomas, y que, modificando los cromosomas, se podría operar sobre el carácter. Es cierto que los cromosomas contienen los elementos necesarios para la formación de las características de un niño, pero los cromosomas no son más que el aspecto bioquímico de la cuestión.

En la Ciencia esotérica se dice que todo lo que existe en la tierra posee un doble. Nuestro cuerpo físico mismo tiene un doble, el cuerpo etérico, que tiene exactamente la misma forma y las mismas funciones que él, aunque sea de una materia diferente, mucho más sutil. El cuerpo etérico es la sede de la memoria, es el que tiene la propiedad de grabar y conservar los sucesos exteriores, pero también nuestras propias acciones, nuestros deseos, nuestros pensamientos. Podemos comparar estas grabaciones a clichés

fotográficos que permiten sacar las mismas imágenes en millares de ejemplares. Una vez grabada, cada cosa (pensamiento, sentimiento o acción) debe obligatoriamente repetirse; así es como nacen los hábitos. Para cambiar un hábito, tenemos que cambiar de cliché.

Pero lo comprenderéis mejor si os doy un ejemplo. ¿Qué es una semilla? Un cliché. No veis el trazado de las líneas de fuerza, pero poned la semilla en la tierra y regadla: el sol la calentará y pronto veréis aparecer un brote, un tallo, unas hojas... Todo estaba ya dibujado en el interior de la semilla por una mano muy inteligente. De otra forma, ¿cómo explicar las proporciones, la medida, toda la belleza de una planta, si no hubiese, escondido en la pequeña semilla, un cliché cuyas líneas de fuerza canalizan las energías? De la misma manera, si algunos seres humanos se ven empujados siempre a cometer tal o cual crimen, es porque hay depositados en ellos unos clichés que, como líneas de fuerza, les empujan en esta dirección. Al principio, no se sabe cuándo, quizás en esta vida, quizás en una vida anterior, tuvieron un pensamiento, un sentimiento, hicieron un gesto que se gravó en la materia etérica de su cerebro; una vez el cliché grabado, repiten siempre este gesto o este sentimiento, porque la naturaleza es fiel. Por eso os decía hace un rato que los cromoso-

mas no bastan para explicar el temperamento de un niño ; la cosa viene de más lejos. Pero los biólogos, que nunca han estudiado estos problemas desde el punto de vista iniciático, no saben que en el cuerpo etérico del hombre se encuentran unos clichés anteriores a esta vida, y que estos clichés, precisamente, son más importantes que los cromosomas.

Consideremos ahora unos casos muy simples de la vida cotidiana. Alguien estudia piano : si no tiene en cuenta las leyes de la grabación, comienza a estudiar una partitura rápidamente y con más o menos atención. Evidentemente, con esta rapidez y esta inatención, comete por lo menos una falta, si no comete varias. Y una vez grabada esta falta en su subconsciente, se acabó ; veinte o treinta años después, hasta cuando se sepa la partitura de memoria, si no está atento, hará la misma falta en el mismo sitio, porque el chiché está ahí. Por eso aconsejo a los músicos que empiecen por aprender las partituras sin prisas, nota tras nota, dedicándole todo el tiempo que haga falta para obtener un cliché impecable. Luego podrán ir muy rápido, extremadamente rápido, e interpretarán sin faltas, porque el chiché correcto estará impreso en su subconsciente.

Lo que aquí os digo es absoluto. Si no aplicamos este método, nos vemos obligados a volver a

empezar, cuatro, cinco, o diez veces, y la cosa no termina ahí, puesto que continuamente tenemos que estar atentos y hacemos muchos esfuerzos inútiles. Mientras que con la sabiduría y la inteligencia, podemos economizar esfuerzos y tiempo. No hay que apresurarse, sino trabajar sobre el primer cliché a fin de que éste sea perfecto. Observad a un grabador: si tiene mucha prisa o está nervioso, traza sobre el metal una línea ligeramente torcida y luego, se acabó, ya no puede corregirla o quitarla porque ya está grabada. Pero los humanos no son grandes psicólogos: se precipitan sobre las cosas o sobre los seres sin atención, sin delicadeza ni precisión, y así cometen errores que luego repiten toda la vida. Después hacen esfuerzos para remediarlo, pero en vano: las mismas tonterías, las mismas debilidades, los mismos vicios se repiten eternamente. Porque esta ley es válida en todos los campos. Un hombre se pone a fumar, a besar a las chicas, a meter la mano en el bolsillo de los demás, y se acabó, el cliché se imprime en la memoria de las células y se repetirá eternamente. Sucede igual que en la imprenta: si no cambiáis el cliché, imprimiréis siempre el mismo texto.

Con el saber evitamos penas, decepciones y amarguras. Pero los humanos, que no tienen instructores, se permiten cualquier cosa, y ello

se graba. La naturaléza es fiel y verídica, lo graba todo. Uno dice: «Hago esto por primera y última vez», pero la cosa queda grabada y se vuelve a hacer dos, tres, muchas veces... Por eso no es deseable lanzarse a aventuras arriesgadas con el pretexto de experimentar cosas, como se ha puesto de moda hoy en día, sobre todo entre la juventud, que quiere tocar, probar, conocer y experimentarlo todo. Y se sumerge así en los placeres, en las pasiones, en las locuras: la droga, la violencia, la sexualidad desatada... Sí, pero una vez que el cliché está grabado, cuando los jóvenes quieran rectificar y seguir otro camino, ya no pueden y sobreviene la tragedia.

Existe, sin embargo, un medio de escapar a la influencia de los antiguos clichés. El método es sencillo: hay que preparar nuevos clichés, teniendo otra actitud, habituándose a tener pensamientos y sentimientos diferentes, a hacer otros gestos. Así empezáis una nueva grabación.

Tomemos el ejemplo de un tren: hagáis lo que hagáis seguirá circulando en los raíles sobre los que está colocado y si queréis que vaya en otra dirección, tenéis que ponerle otros raíles. Pues bien, los clichés son los raíles y el discípulo debe saber trazar en sí mismo otros raíles, es decir, poner otro ideal, otras tendencias, otros intereses. Si no sabe cómo hacerlo, por mucho que diga: «Quiero cambiar, quiero mejorarme.

La próxima vez las cosas irán mejor...», como no ha hecho nada para mejorarse, la próxima vez será como la precedente y el tren continuará pasando siempre por el mismo sitio. No digáis nada, pero cambiad la dirección de vuestros raíles, es decir, poned un nuevo cliché y el tren tomará una nueva dirección. Pero ahora, es preciso que sepáis que poner un nuevo cliché no quiere decir que el primer cliché se haya borrado; no, no se borra, permanece en los archivos, es decir, en el subconsciente, enterrado bajo otras capas. Pero para que permanezca enterrado debéis tener una vigilancia extraordinaria; en cuanto abandonéis vuestra vigilancia, el antiguo cliché se va a manifestar.

Debéis saber que nada se borra, que nada desaparece, porque la Inteligencia cósmica, que está enormemente interesada en archivarlo todo, se ha preocupado de conservar toda la historia del mundo, todo el pasado desde hace miles de millones de años. ¿Por qué solamente los humanos conservarían archivos? La naturaleza también los conserva, porque si no, sería obstaculizada en su trabajo.

E incluso vosotros, durante vuestra evolución, quizá tengáis necesidad de conocer vuestras vidas pasadas. ¿Cómo las conoceríais si todo estuviese borrado y no se hiciese mención en ninguna parte de estas vidas pasadas? En rea-

lidad, nada se borra, y si llegáis a penetrar en estos archivos, leéis en ellos toda vuestra historia: los diferentes países en los que habéis vivido, lo que habéis sido, los crímenes que habéis cometido. Y entonces comprenderéis las leyes del Karma, por qué os encontráis ahora en tal o cual situación. Si, precisamente, los grandes Iniciados nos han traído toda una ciencia relativa a la Justicia divina, es porque han tenido los medios para poder realizar este estudio. También vosotros podréis hacer los mismos estudios y llegaréis a las mismas conclusiones. El camino siempre está ahí, basta con recorrerlo.

Algunas personas son perseguidas por pensamientos y sentimientos que son como enjambres de avispas que no consiguen alejar. ¿A qué es debido? Es largo de explicar. El espacio está recorrido por toda clase de fuerzas, de corrientes, de entidades que han sido creadas por los seres que lo pueblan. Algunas de estas creaciones son muy bellas, pero otras son monstruosas, y cuando se encuentran con una puerta abierta, entran. Si no sois prudentes, si no estáis atentos y conectados con el mundo sublime, sino que dejáis vuestro cerebro, vuestra alma y vuestro cuerpo abiertos a todos los vagabundos del espacio, os pueden, a menudo, incomodadar. Inversamente, si sabéis cómo prepararos

interiormente, sólo podéis atraer influencias benéficas que vendrán a visitaros o a acompañaros para inspiraros y alegraros continuamente.

Diréis: «Pero, ¿acaso los pensamientos y los sentimientos son clichés?» No, son fuerzas que los clichés atraen. Y, ¿qué son los clichés? Las actitudes, los hábitos que hemos tomado; y ellos son los que determinan la naturaleza de las influencias que atraemos. Si los clichés son muy bellos, las imágenes que vendrán a imprimirse en nosotros serán muy bellas, pero si estos clichés están deformados, evidentemente, el resultado no será muy bueno que digamos. Poned un talismán benéfico en algún lugar y atraerá las influencias que se corresponden con las fuerzas de las que está impregnado, mientras que un talismán maléfico colocado, por ejemplo, en el dintel de una casa, atraerá todo tipo de desgracias sobre sus habitantes. Y he ahí que, desgraciadamente, los humanos tienen, en sí mismos, «talismanes» maléficos que han preparado desde hace mucho tiempo a causa de su ignorancia y de sus vicios, y con los que no hacen más que atraer todo lo malo.

Para cambiar el destino hay que cambiar los clichés, es decir, hacer esfuerzos para tomar nuevos hábitos, nuevas actitudes, hasta que el antiguo cliché quede recubierto por el nuevo. Por ejemplo, un hombre decide que no calum-

niará más a su prójimo o que no montará en cólera. Pero no ha cambiado el cliché y, evidentemente, a la primera ocasión sucumbe. Entonces se decepciona, lo lamenta, sufre, se promete que la próxima vez será diferente... Pero la próxima vez sucede exactamente lo mismo. Para que sea diferente tiene que hacer el esfuerzo de cambiar algo en lo que hace y en la forma cómo lo hace, y cuando lo haya conseguido una vez, tiene todas las probabilidades de conseguirlo también las veces siguientes, porque el nuevo cliché se graba cada vez más profundamente. Esto también es cierto para todas las otras tendencias deplorables de las que queremos liberarnos: la deshonestidad, la sensualidad, la glotonería, la pereza, etc. El día que hayáis logrado poner en vosotros el cliché ideal, podéis dormir tranquilos, porque él se encargará de atraer toda clase de cosas magníficas que empezarán a llegar a vosotros desde los confines del universo; en cuanto ven los nuevos clichés que habéis puesto, se ponen en marcha... pero tened paciencia, ¡porque hace falta tiempo para recorrer millones de kilómetros y llegar hasta vosotros!

El destino del hombre está inscrito en los clichés con los que viene a la tierra. Cuando miramos a los niños pequeñitos, nos maravillamos, ¡parecen tan inocentes y cándidos! Pero si

supiésemos con qué clichés han llegado a la tierra algunos de ellos, y a qué actos les van a empujar estos clichés el día en que se manifiesten, estaríamos menos maravillados. Cada uno viene a la tierra con los clichés que se ha preparado en sus encarnaciones anteriores, y los pensamientos y los sentimientos que vienen a atormentarle no son sino consecuencias de estos clichés que ha preparado. Mientras que el que ha preparado buenos clichés, suceda lo que suceda, nada nocivo puede penetrarle. Sólo siente la presencia de malas corrientes a su alrededor, pero está protegido.

Ahora, os daré aún otro método. Estáis invadidos por pensamientos y sentimientos negativos y, a pesar de todo lo que hacéis, no podéis con ellos y continúan acosándoos; no lleváis trabajando en cambiar los clichés el tiempo necesario para poder obtener resultados inmediatos. ¿Qué podéis hacer, pues? Tomar una actitud de observador. Os alejáis un poco y empezáis a mirar, a observar tranquilamente a todas estas fuerzas y entidades negativas, sus manifestaciones, sus tretas. Con sólo observarlas, os colocáis ya por encima de ellas, y entonces sucede lo siguiente: como empiezan a sentir la presencia de alguien que las vigila, se sienten incómodas... y si entonces proyectáis sobre ellas algunos rayos de luz, se dispersan, porque la luz no les gusta.

Pueden volver otra vez, y hasta es seguro que volverán (hasta que no hayáis instalado los nuevos clichés, volverán), pero otra vez vais a observarlas, a proyectar sobre ellas un haz luminoso, y así acabaréis por desembarazaros de ellas. Sí, simplemente porque os habéis mantenido por encima de ellas. Este es el secreto.

En la vida hay una ley: el que está encima tiene la supremacía, el poder de mandar, de exigir, de amenazar. Aunque esté loco, un rey puede poner en marcha todo un ejército. ¿Por qué? Porque, por su posición, es superior. Por tanto, vosotros también, si con vuestra vigilancia os situáis por encima de estas entidades, éstas se verán obligadas a obedeceros. Ahí tenéis los métodos. De ahora en adelante, en vez de llorar y de tiraros de los pelos, empleadlos. Evidentemente, el método más eficaz es el de cambiar los clichés, pero requiere más tiempo y esfuerzos.

¡Veis! ¡Cuántas cosas que aprender! ¡La vida es tan vasta y tan rica que ni siquiera sabemos todavía lo que es! Por eso hace falta una Escuela iniciática, para aprender cómo trabajar en esta vida, cómo desencadenar tal o cual fuerza, o, por el contrario, cómo neutralizar tal o cual otra. Sólo así podréis realmente desarrollaros con plenitud.

VII

EL INJERTO

Existe una ciencia que, cuando se conoce, le permite al hombre no sólo poner remedio a sus defectos, a sus pasiones y a sus tendencias inferiores, sino sacar provecho de los mismos. Esta ciencia es la ciencia del injerto.

Sabéis que los agricultores encontraron esta técnica para mejorar la calidad de los frutos. Por ejemplo, si a un peral salvaje muy vigoroso pero que solamente produce frutos ásperos le injertamos un brote de un peral de excelente calidad, éste se va a aprovechar del vigor del árbol salvaje y dará peras magníficas. Pero, para eso, hay que conocer las leyes de la naturaleza porque no puede injertarse una especie cualquiera en un árbol cualquiera. Entre los frutos también existen afinidades y correspondencias, y a un árbol que da frutos con hueso, por ejemplo, no se le puede injertar otro que da frutos con pepitas.

Los humanos se han hecho expertos en estas técnicas, pero cuando se trata del campo psíquico o del campo espiritual, ya no son ni tan capa-

ces ni tan diestros. Vemos a grandes sabios, a grandes escritores, artistas, filósofos, hombres políticos, perseguidos por ciertos vicios y ciertas pasiones de las que no se pueden desembarazar. ¡Cuántos artistas eminentes hasta geniales, bebían, se drogaban, se arruinaban con el juego o con las mujeres! No los citaré... Murieron con sus debilidades. Si hubiesen conocido las leyes del injerto, hubieran podido injertar cualidades y virtudes en estas debilidades.

¿Cómo hacerlo? Suponed que tenéis un amor muy sensual. Considerad que se trata de una fuerza magnífica, de un árbol formidable del que podéis extraer energías injertándole la rama de otro amor, puro, noble, elevado... Entonces las savias que produce vuestra naturaleza inferior subirán, circularán a través de estas ramas, es decir, de estas marcas, de estos circuitos nuevos dibujados en vuestro cerebro, y producirán frutos extraordinarios, un amor prodigioso que os traerá inspiraciones y arrebatos inauditos. En vez de haceros la vida imposible, la sensualidad os servirá como una fuerza abundante que os conducirá hasta la Madre Divina, hasta el Padre Celestial.

Y si tenéis una vanidad que os chupa todas vuestras fuerzas, todas vuestras energías, podéis hacer también un injerto. Si en vez de desear siempre ser gloriosos ante el mundo, ante los

papanatas y los imbéciles, tomáis la decisión de movilizar esta vanidad para servir a una idea, se convertirá en una fuerza formidable que os estimulará, que os proyectará hacia el Cielo, y un día dejará de ser vanidad para convertirse en gloria divina.

Si sois coléricos, es posible que por culpa de esta cólera hayáis destruído ya varias amistades y despilfarrado buenas condiciones para vuestro futuro. Pues bien, esta fuerza brutal que estalla como un trueno, podéis transformarla, sublimarla, haciendo un injerto, y entonces os volvéis infatigables para luchar, para guerrear, para combatir y vencer todo lo inferior, os convertís en soldados de Cristo, en servidores de Dios, invencibles. En vez de destruir lo que es magnífico, vuestra fuerza marciana os ayudará a construir. Basta con encontrar injertos.

Los clichés y los injertos son dos métodos diferentes que tenéis que aprender a utilizar. Los clichés son para reemplazar; para los injertos, en cambio, es diferente, basta con añadir. Para hacer injertos, debéis conservar las raíces y no arrancarlas nunca, porque son muy vigorosas, y también el tronco; sobre ellos hay que injertar porque poseen las fuerzas. Estas fuerzas las podéis conectar a una entidad, a un espíritu luminoso, a un ángel, o a un arcángel. Esto es hacer injertos. Todos los Iniciados han tenido

que hacer injertos, se han conectado siempre con los seres más sublimes, y los frutos que daban eran maravillosos.

Diréis: «En la historia, hay tal héroe, tal santo o tal profeta que admiro y que me inspira. En él encontraré estos injertos.» Sí, es posible, pero como están lejos, en el pasado, no podréis hablarles y entrar en relación con ellos como con un ser vivo. O incluso, si escogéis de entre los hombres vivos que conocéis, a un amigo, a un filósofo, o a un artista que admiráis, está bien; pero los injertos serán siempre algo imperfectos, porque estos seres siempre tienen algunas debilidades, algunas insuficiencias; no son totalmente fuertes, poderosos, luminosos y cálidos.

Existe un ser que supera en inteligencia, en amor, en poder, en generosidad a todas las criaturas que podéis encontrar en la tierra, y que tiene un gran almacén de distribución de injertos: es el sol. Tenéis que dirigiros a él para que os los suministre. De ahora en adelante, cuando contempléis la salida del sol, le diréis: «Querido sol, ¡quisiera comprender tantas cosas y me siento tan limitado! Por eso me vuelvo hacia ti que eres luz, que iluminas toda la tierra; dame algunos injertos de tu inteligencia.» Y os los dará, gratuitamente, ¡os lo aseguro! Y los injertaréis entonces en vuestro cerebro. Hasta podrá enviaros a un experto si no sabéis lo que hay que

hacer. Luego, podréis pedir otros injertos: bondad, belleza, sabiduría... Todo está en el sol, podéis pedirle todos los injertos que queráis. Pero no se los pidáis todos a la vez, sino uno detrás de otro, porque si no, mientras os ocupáis de uno de ellos, los demás se secarán y se morirán.

Algunos de vosotros se están preguntando si bromeo... No, hablo en serio, porque todo lo que os digo lo he verificado durante años. Y todavía no os lo he dicho todo sobre esta cuestión, pero lo que yo no os diga el sol os lo revelará. Todo lo que yo conozco es el sol quien me lo ha comunicado. Estáis asombrados de oír que el sol puede hacer revelaciones, ¡pero es la verdad!

Un gran Maestro puede daros algunos injertos, es posible, porque, simbólicamente, con su luz y con su calor (su sabiduría y su amor), es un representante del sol, pero ningún Maestro puede compararse con el sol. Un hombre puede parecérsele, desde luego, en la medida en que ilumine, caliente y vivifique a las criaturas que están a su alrededor. Pero el sol ilumina, calienta y alimenta a la tierra entera; gracias a él todo nace, crece y madura. El poder de un Iniciado no puede llegar tan lejos, aunque haga el bien a los humanos. Nadie puede compararse con el sol.

Los rayos de sol son capaces de reemplazar todo lo que hay en vosotros de gastado, impuro o tenebroso, pero tenéis que aprender a recibirlos. Si os abrís a ellos con todo vuestro corazón, empiezan a trabajar: reemplazan el hombre viejo que hay en vosotros, y sois regenerados, renovados, resucitados; vuestros pensamientos, vuestros sentimientos, vuestros actos, todo se vuelve diferente. Desgraciadamente los humanos, que experimentan sensaciones formidables cuando comen, beben, fuman, o se besan, no sienten nada cuando están ante el sol. Porque tienen un nivel de vibración demasiado bajo. Todo lo inferior les impresiona, actúa sobre ellos, mientras que los rayos del sol les dejan indiferentes. Pero cuando el discípulo avanza, cuando evoluciona, se vuelve más sensible a los rayos del sol y estos producen en él revelaciones, arrebatos, sensaciones verdaderamente celestiales.

Otra cosa más, completamente nueva: la psicología no ha descubierto aún que depende de nosotros el que los rayos de sol produzcan en nuestra alma y en nuestro corazón fenómenos de la más alta importancia que pueden regenerarnos, resucitarnos. Pero, naturalmente, hay que prepararse, de lo contrario, seguimos permaneciendo fuera del sol. Hay que prepararse con varios días de anticipación para estar libres,

lúcidos, y sentir lo que son los rayos de sol, cuán poderosos, puros y divinos son.

Pero el injerto más poderoso, el más sublime, consiste en conectarse con el Señor diciendo: «Señor, siento que no soy nada. Acepta, pues, entrar en mí, trabajar y manifestarte a través de mí. Quiero trabajar para tu Reino y tu Justicia.» Y, entonces, si Dios acepta, vuestro árbol, es decir, vosotros mismos, que producíais en el pasado frutos incomestibles, produciréis, en adelante, frutos deliciosos y perfumados. Solamente han quedado las raíces y el tronco, pero el injerto, es decir, el mundo invisible, el mundo divino, el mundo celestial, ha producido sus frutos. ¿Qué ha sucedido? Habéis consagrado todas las fuerzas brutas y las efervescencias que hay dentro de vosotros al servicio del Cielo, y el Cielo las ha tomado para transformarlas. A veces se encuentran en los bosques pequeñas peras salvajes que son incomestibles, pero si se ponen unos minutos al horno, se vuelven azucaradas. ¿Qué ha sucedido? El calor las ha transformado. Y si le es posible al hombre hacer que las peras se vuelvan comestibles, ¿acaso pensáis que el mundo invisible no será capaz de transformar todos vuestros frutos ácidos en frutos suculentos?

Un discípulo, que conoce sus tendencias inferiores, pide injertos al Señor diciendo: «Señor Dios, si estoy sólo no conseguiré trans-

formarme, así que ayúdame, dispón de mí, trabaja a través de mí; estoy a tu servicio, cumpliré tu voluntad.» Entonces quizá no sea el Señor mismo el que venga, pero enviará a uno de sus ángeles o de sus arcángeles, como los envió a los patriarcas, a los profetas, a los apóstoles y a todos los santos: los ángeles venían a visitarles para instruirles.

Estas son cuestiones de una importancia extrema, y aquellos que las han descuidado o ignorado no podrán evolucionar. Los seres humanos tienen la cabeza dura, pero la vida se encargará de hacerles madurar. Yo sé lo que sé. Todo lo que os digo lo he verificado antes y lo he experimentado sobre mí mismo; os lo revelo para ayudaros, y a vosotros os corresponde ahora sentirlo, comprenderlo y decidiros para obtener resultados.

Sin todos estos conocimientos no podréis mejoraros verdaderamente. Pero no basta con conocer, también hay que amar estas grandes verdades para desear realizarlas, y tener una voluntad inquebrantable para perseverar en el trabajo. Estas son las tres condiciones necesarias: primero saber, luego querer y, finalmente, poder.

Algunos seres han realizado un trabajo tal sobre su propia materia que ya no son los mismos. Exteriormente, claro, no han cambiado,

pero interiormente son diferentes: ya no sufren como antes, ya no se sienten tan aplastados y limitados, ya no están en la oscuridad; poseen nuevas riquezas y nuevos conocimientos, nadan en el esplendor, irradian... ¡Eso es el cambio! Cambiar no es volverse físicamente irreconocible, no – todavía os reconocerán por todas partes – sino cambiar interiormente en las vibraciones, en las emanaciones: pondréis vuestra mano en el agua y el moribundo que beba de esta agua resucitará. ¡Este es el verdadero cambio!

VIII

LA UTILIZACIÓN DE LAS ENERGÍAS

Todo lo que se precisa para gustar a los humanos, para divertirles, para distraerles, está ahí, expuesto ante ellos. Reconozco que es atractivo, interesante, pero no es por eso que voy a precipitarme encima, al contrario. Ante todo lo que se presenta, estoy acostumbrado a plantearme la cuestión: «¿Qué significará eso para mi progreso espiritual?» Cuando veo que no significará gran cosa, sino, sobre todo, tiempo y energías malgastadas, no lo considero.

Sí, la vida presenta todo tipo de tentaciones, y si el discípulo todavía no ha aprendido suficientemente a controlarse para resistirse a ellas, sucumbe, y después se lamenta, porque siente que se ha debilitado y envilecido. Para la mayoría de la gente es algo normal ser tentado y sucumbir a la tentación; precisamente por eso, según ellos, están en la tierra. Pero no nos ocupemos de lo que hace la mayoría; ocupémonos de lo que hacen los discípulos. Muchos errores

podrían ser evitados por el discípulo si, antes de lanzarse a una aventura, se dijese: «Al hacer esto o aquello satisfaceré mis deseos, pero, ¿cuáles serán las repercusiones de mi conducta en mí y en los que me rodean?» El que no se plantea estas preguntas se extraña mucho, después, de todo lo que le sucede. No hay de qué extrañarse: lo que sucede era previsible, las consecuencias siempre son previsibles.

Diréis: «No, es imposible prever todas las consecuencias de los actos.» De acuerdo, la vida es rica en acontecimientos de todo tipo que pueden producirse de forma imprevista para cambiar el curso de las cosas. Excepto para aquellos que poseen la facultad de elevarse hasta los planos sutiles para conocer exactamente el futuro, es imposible preverlo todo. Pero lo esencial, si somos honestos y sinceros, es fácil de prever. Evidentemente, si queremos cegarnos es diferente.

Repito, pues, ante todas la posibilidades que se os presenten, estudiad bien la situación y escoged aquella que sea más beneficiosa para vuestro progreso espiritual. Porque es de una importancia absoluta para la evolución de toda criatura que sepa cómo gasta sus energías, en qué terreno, en qué actividad las emplea. Cada uno de nosotros somos responsables de eso. El Cielo no nos ha dado la vida para que la

despilfarremos; lo que hacemos queda anotado, inscrito. Sí, en el libro de la naturaleza viviente podéis leer esto: «Bienaventurados aquéllos que consagran y utilizan todas sus energías físicas, afectivas y mentales para el bien de la humanidad, para el Reino de Dios y su Justicia.»

Si estudiáis a los humanos, veréis que no piensan jamás en esta quintaesencia que les ha sido dada para vivir, cuán preciosa es, cuánto la estima el Señor, cuál es su origen y qué trabajo ha hecho la naturaleza para prepararla y distribuírnosla. Ahí es donde se ve que el hombre no está evolucionado, porque malgasta todas sus fuerzas en cóleras, en excesos de sensualidad, en actividades egoístas y criminales... Y así es como estas fuerzas tan preciosas se van a alimentar el Infierno. Si os digo que son los humanos los que sustentan el Infierno os asombraréis... y, sin embargo, la verdad es esa. La mayoría de los humanos, con su ignorancia, no hacen sino sustentar, mantener y alimentar el Infierno; están extraordinariamente instruídos en todas las ciencias pero nunca han oído hablar de su responsabilidad en la utilización de sus energías, y no es en las universidades donde se lo enseñarán.

En tanto que discípulos, vuestra primera tarea consiste en haceros conscientes de la forma en que gastáis vuestras fuerzas, porque os han sido contadas, pesadas, medidas. Cuando el Cie-

lo ve que las despilfarráis en actividades perniciosas, os cierra los grifos. Dice: «Este es muy peligroso, hay que atarlo.» ¿No sabéis por qué algunos se han convertido en borrachos? Porque el mundo invisible ha querido maniatarles. Si tuviesen todas sus facultades, aniquilarían al mundo entero utilizando sus energías en empresas de destrucción. Mientras que ahora el alcohol los anestesia, los embrutece, y se ven imposibilitados de hacer daño. Evidentemente no sucede lo mismo con todos los alcohólicos; para otros hay otras explicaciones.

Debéis tener siempre presente en la conciencia la forma en que empleáis vuestras energías, preguntaros en qué dirección las empleáis, con qué objetivos. Esto es lo más importante.

Actualmente, por ejemplo, rebelarse se está convirtiendo en una costumbre, en una moda. Discuten, gritan, hacen manifestaciones, huelgas, queman coches, etc... todos se sienten justificados en su combate contra sus empresarios o contra un gobierno que encuentran injusto y cruel. Es cierto, estoy de acuerdo, no hay que aceptar ni la injusticia ni la crueldad. Pero, ¿cómo es posible que todos estos rebeldes no se hayan planteado nunca la cuestión de saber si no existe otro motivo de rebelión más útil? En vez de perder su tiempo y sus energías en rebelarse

contra tal situación, contra tal persona, contra tal partido, ¿por qué no se rebelan contra sus propias debilidades, contra su propia mediocridad y su propia pereza? Ahí sí hay de qué estar indignados, asqueados, furiosos, y vale la pena combatir. ¡Pero no! Justifican sus vicios, los acarician, los alimentan, pero para los demás, ¡no tienen piedad!

Antes que rebelarse contra fulano o contra zutano, lo que no sirve para nada, un verdadero discípulo se rebela contra todas las entidades malas que se han instalado dentro de él... por culpa suya, claro. Procura explusarlas para liberarse. Si existe la rebeldía en el universo es que tiene un papel que jugar. Sí, pero los humano no han comprendido el papel de la rebeldía: dónde, cuándo, cómo y frente a quién hay que rebelarse... Hay que rebelarse, pero contra todos aquéllos que se han instalado en nosotros bajo forma de debilidades y que nos engañan y nos corroen. Así, todo cambia. ¡Cuántos son desgraciados, están descontentos porque son conscientes de sus defectos, de sus debilidades! Sí, pero aún no se han sublevado como Dios manda para salir de esta situación, y la cosa continúa. Están descontentos, desde luego, pero no hacen nada para mejorar las cosas.

Dejad, pues, de rebelaros contra vuestra mujer, vuestro marido, vuestro jefe, y así sucesi-

vamente, y rebelaos contra vosotros mismos. Diréis: «Sí, pero si no me rebelo contra los demás, continuarán abusando.» No, no habéis comprendido nada. Para que los demás cambien de comportamiento no hace falta combatirles; cambiarán por sí mismos cuando sientan que vosotros habéis cambiado, que irradiáis, que sois luminosos e inteligentes. Rebelándoos contra vosotros mismos vais a vencer a los demás, vais a transformarles. Yo he encontrado este medio. De otra forma, ¿cómo vais a combatir a tantos enemigos?

Rebelaos contra vosotros mismos para liberaros, porque los verdaderos enemigos están dentro de vosotros. No los busquéis fuera, están dentro, y os preparan sorpresas. Un hombre dice: «Ahora, se acabaron las mujeres; me han traído demasiadas desgracias, demasiadas penas.» Pero como todavía no se ha rebelado contra las entidades que tiene dentro que le empujan en esta dirección, le esperan aún nuevas desgracias. Y, ¿qué dicen estas entidades? Dicen: «Sin duda, todas las mujeres que has encontrado hasta ahora han sido crueles, infieles, pero la que te gusta ahora, te traerá la alegría, la inspiración.» Y, una vez más, el pobre desgraciado cae en la trampa.

¿Cómo haceros comprender que sois aconsejados por enemigos camuflados que sólo quieren

vuestro agotamiento y vuestra ruina? Y vosotros, sin daros cuenta les acariciáis, les mimáis, les alimentáis con vuestras más preciosas energías. Pues bien, ahora ha llegado el momento de rebelaros, empezando por reconocer que vuestros mayores enemigos no están en el exterior, sino dentro de vosotros. Y cuando hayáis vencido a vuestros enemigos interiores, conseguiréis vencer a vuestros enemigos exteriores con vuestro ejemplo, con vuestra actitud, con vuestras palabras, vuestras miradas y vuestras emanaciones. ¿Por qué los seres humanos aún no han encontrado estos métodos? Los cuchillos, los revólveres, las bombas, nunca han resuelto los problemas. Mirad, ¿acaso han mejorado verdaderamente las cosas desde que se emplean estos medios?... Empezad, pues, por rebelaros contra vosotros mismos, y después, a fe mía, habrá tiempo para rebelaros contra los demás, pero utilizando la grandeza y la omnipotencia del amor.

Nunca olvidéis que el Cielo os observa desde arriba y mira lo que hacéis con todas las riquezas que os ha dado: ¿las empleáis con un fin puramente egoísta o con un fin divino? Todo está en eso. Si os planteáis claramente esta pregunta cada día, ¡cuántas cosas podréis mejorar en vosotros mismos! Desde luego no lo conseguiréis de inmediato, pero por lo menos apren-

deréis a ser conscientes. Si no, seguiréis sometidos al karma.

Mientras no hayáis tomado las riendas de vuestra vida, conscientemente, para lograr armonizar todas las partículas de vuestro ser con las vibraciones divinas, permaneceréis expuestos a las fuerzas ciegas de la naturaleza. La mayoría de la gente se encuentra en esta situación porque no le han enseñado la importancia de este trabajo interior. Pero sabed que si os oponéis a la Inteligencia cósmica llevando una vida contraria a sus planes, os vais a disgregar y acabaréis por desaparecer. Diréis : «La Inteligencia cósmica es muy cruel si destruye a las criaturas que se oponen a ella.» En realidad, ni siquiera se ocupa del asunto. Ella nunca ha querido destruir a nadie, pero si, por tontería o por ignorancia, os oponéis a la inmensidad, las fuerzas contra las que lucháis son tan poderosas que quedáis desarticulados, lo cual es natural. Si un pobre diablo quiere enfrentarse sólo contra todo un ejército, pronto será aniquilado. Si, a fuerza de estrellarse contra un cristal, un insecto acaba reventado, ¿es por culpa del cristal? El hombre actúa como un insecto : lucha contra las leyes divinas, contra el esplendor del universo, le gusta la pelea ; pero lo que le espera actuando de esta forma es la desagregación. No le aniquilará Dios sino su propia cabezonería.

Un discípulo busca, en primer lugar, armonizarse con la Inteligencia cósmica, y para ello comienza por vigilar atentamente el empleo que hace de sus energías; eso, tenéis que anotarlo.

De entre todo lo que os digo, hay puntos que debéis tener presentes todos los días, y otros, simplemente, cuando las circunstancias lo permitan. Pero lo que acabo de deciros hoy, tenéis que tenerlo presente todos los días en vuestro pensamiento, porque no siempre estaré yo ahí para recordároslo. Podéis dejar a un lado muchos otros puntos, pero no éste. Se os pide que seáis conscientes todos los días y en todas las circunstancias de cómo empleáis vuestras energías. Y esto, podéis hacerlo en cualquier lugar. En la calle, en el metro, en la sala de espera del dentista, en vuestra cocina, podéis echar una mirada dentro de vosotros mismos y preguntaros: «A ver, si me comprometo en tal o cual actividad, ¿qué voy a gastar en ella?... ¡Ah! me voy a ver obligado a perder todo lo que tengo de puro y de divino para alimentar a los cerdos. Pues no, no me comprometo en este asunto; mis energías no están destinadas a resucitar a los muertos.» Como Jesús, que decía: «Dejad que los muertos entierren a los muertos, y vosotros, los vivos, seguidme.» Ved que la cuestión de a qué trabajo consagráis vuestras energías es un punto esencial para vuestra evolución.

IX

EL SACRIFICIO, TRANSMUTACIÓN DE LA MATERIA

I

Muy pocos son conscientes de la necesidad de añadir algo nuevo cada día a su vida, algo más poderoso, más luminoso; ni siquiera saben los peligros que les hace correr esta vida al ralentí con la que se contentan, todas las enfermedades físicas y psíquicas que les acechan y que sólo esperan el momento de poder entrar en ellos para morderles y roerles. La Inteligencia cósmica no ha construído tan maravillosamente al ser humano para dejarle dormir, anestesiarse; lo ha preparado para que pueda anvanzar sin cesar en el camino de la evolución que lo llevará hasta los ángeles... hasta Dios.

En realidad, esta ley de evolución no rige tan sólo la existencia humana. Cada reino de la naturaleza, mineral, vegetal, animal, humano... tiende a aproximarse al reino superior.

Las piedras son las más antiguas sobre la tierra; son inertes, insensibles, no tienen ninguna posibilidad de moverse o de crecer. Por eso su ideal es el de llegar a ser plantas.

El ideal de las plantas es convertirse en animales. Están enraizadas y no pueden desplazarse ni experimentar sentimientos como los animales; por eso desean escapar del suelo y moverse. Pero para que sus células puedan evolucionar tienen que entrar en el cuerpo de los animales. Para ellas no hay otro medio de evolución que el de sacrificarse dejándose comer o quemar.

El ideal de los animales es llegar a ser humanos dotados de razón. El ideal de los humanos es llegar a ser ángeles, y el de los ángeles, llegar a ser arcángeles o divinidades. Porque en la escala de la evolución cada categoría de seres posee cualidades que no posee la categoría precedente. Cada una procura, pues, acercarse a la siguiente, superar el grado ya alcanzado.

Pero el paso del hombre a ángel sólo puede hacerse gracias al fuego, al fuego del sacrificio. Ahí, la etimología nos va a ayudar a comprenderlo. En latín, ángel se dice «angelus», fuego «ignis», y cordero «agnus». En búlgaro, ángel se dice «anguel», fuego «ogan», y cordero «agné». Si relacionamos todas estas palabras, comprenderemos por qué Cristo, el Hijo de Dios, ha sido comparado al Cordero que debía sacrificarse antes de la creación del mundo. ¿De dónde viene esta tradición? Antaño, cuando querían construír una casa, era costumbre, en ciertos lugares, ofrecer un cordero en holocausto a fin de que la

casa fuese sólida y estuviese protegida. Era para recordar a todos que antes de la creación del mundo fue necesario sacrificar un «cordero», o un ser vivo, para edificar esta construcción sobre bases indestructibles.

Cristo es el Cordero divino, el espíritu de amor que atrae, acerca, sustenta, el amor que ha sido colocado como base de la creación; El se ha sacrificado, inmolado, y ha impregnado la materia de este edificio. Es el vínculo, el cemento que mantiene la cohesión del universo. En todas partes, desde las piedras hasta las estrellas, este amor sustenta todo el armazón. Si el amor desapareciese, nuestro cuerpo también comenzaría a desintegrarse, porque el poder del amor es el que une todas las células, todas las partículas. El sacrificio representa la manifestación más alta, más noble, más divina del amor. Es el Omega, la última letra, no hay otra después. Jesús vino para pronunciar esta última letra. Otros vendrán, después de él, para realizar, para aplicar, pero no añadirán nada que pueda superar al sacrificio; el sacrificio continuará siendo, durante toda la eternidad, el acto más sublime.

El secreto de la alegría consiste en sacrificarse. Los que son capaces de ello son los más privilegiados; han comprendido el sentido de la vida y pueden ser padres y madres. Todo el mundo sabe que existen padres, madres e hijos,

pero muy pocos son capaces de descubrir todo lo que contiene esta simple imagen de la familia. El padre, la madre y el hijo son un resumen de toda una enseñanza. Aquél que puede sacrificarse por los demás, está maduro y puede ser padre o madre. El que es incapaz de sacrificarse es aún un niño. Quizá sea padre o madre en el plano físico, pero se trata tan sólo de una apariencia y el Cielo no le considera como tal.

Ser un padre o una madre es un alto ideal a alcanzar, pero seguir siendo un niño no es un ideal. Lo ideal es, primero, ser padre o madre para poder después transformarse en niño. Sí, porque si sois un fruto, podéis después, convertiros en semilla, tenéis derecho a ello; pero es imposible convertiros en semilla si no habéis llegado a ser frutos, hay que ser padre o madre, hay que ser capaz de amor impersonal. Lo ideal es, pues, llegar a ser padre o madre para poder traer al mundo el hijo, es decir, el sacrificio, el fruto impersonal del padre y de la madre iluminados. Todos aquellos que no saben hacer sacrificios no pueden traer al mundo ningún hijo, porque todavía no están maduros.

Hacia los trece o los catorce años, el niño llega al período de la pubertad. La pubertad es una fase de transformación del ser humano: de egoísta y personal que era, se vuelve capaz de dar, de producir, es decir, de hacer sacrificios.

Antes de la pubertad, el niño es como una tierra estéril que siempre debe tomar. Pero después de la pubertad es capaz de producir frutos física y psíquicamente. Por eso puedo deciros que si no tenéis esta fuente que mana dentro de vosotros, es decir, si vuestro amor no es puro y desinteresado, todo se agostará y no habrá cosecha, no daréis flores ni frutos, seréis un desierto, una tierra árida. Y, ¿quién quiere frecuentar una tierra árida?

Evidentemente es preciso que los sacrificios que decidáis hacer sean sensatos. Algunos, para hacer supuestos sacrificios, se casan con tal hombre o tal mujer, porque casándose piensan salvar a este hombre, que es un borracho, o a esta mujer, que es neurasténica. Pero, ¿acaso les salvarán? ¡Sólo Dios lo sabe! Ved que la bondad y la generosidad no faltan. Lo que falta es la luz. Están ciegos y no prevén. Y es una lástima que todas estas cualidades y estas virtudes se malgasten para nada. Es mejor que estén consagrados a un trabajo divino que ayudará a miles de personas y no a una sola. Y ni tan siquiera es seguro que esta persona sea ayudada. Lo más seguro es que el que ha querido ayudar de esta manera se convierta en una víctima.

Decidid trabajar para una idea divina y todos los sacrificios que hagáis por esta idea se transformarán en oro, en luz, en amor. Este es el

secreto. El mayor secreto está en la idea, en la idea para la que trabajáis. Si trabajáis para vosotros mismos, para satisfacer vuestros deseos, vuestras pasiones y codicias, todos los sacrificios que hagáis para conseguirlo se transformarán en cenizas, no en luz. Mucha gente hace sacrificios enormes de dinero y de salud, pero como su objetivo es más o menos ordinario, estos sacrificios no producen grandes resultados. Esto es algo que la gente no sabe: la importancia de la idea que hay detrás de cada empresa. La idea es el lado mágico, la piedra filosofal que lo transforma todo en oro. Por eso os digo: trabajad para esta idea divina, para que la luz triunfe en el mundo, para que el Reino de Dios venga a la tierra. Todo lo que hagáis para esta idea se transformará en oro, es decir, en salud, en belleza, en luz, en fuerza.

Debemos hacer don al Cielo de nuestra vida y decir: «De ahora en adelante abandonaré los placeres y los gozos pasajeros que no me aportan nada y trabajaré para el Reino de Dios.» Y, cada vez más, sacrificaréis las actividades que os envilecen, así como ciertos impulsos inferiores: la cólera, la envidia, el odio... ¿Por qué? Para liberar las fuerzas espirituales que están limitadas y sojuzgadas por estos hábitos, porque son estos hábitos los que os impiden dar frutos. Mirad el árbol: cuando está invadido de insectos no pue-

de dar frutos y hay que liberarlo con insecticidas. Liberad igualmente vuestro cuerpo, vuestro corazón y vuestra voluntad de todos estos placeres insensatos que os están chupando la esencia destinada a alimentar a vuestro Yo superior. No podéis dar frutos sin hacer sacrificios, porque albergáis dentro de vosotros a otros seres que beben vuestras fuerzas y las agotan. Tenéis que liberaros de estos insectos y de estas orugas.

¡Puedo daros aún tantas imágenes para haceros comprender esta idea! Tomad una botella: si ya está llena, ¿cómo os las arreglaréis para introducir aún más líquido en ella? Primero hay que vaciarla. Lo mismo sucede con el ser humano. Si no se vacía de sus vicios, de sus hábitos perniciosos, ¿cómo podrían venir a instalarse en él las virtudes y las cualidades divinas? ¡Ya está lleno!... Este es el sentido del sacrificio: vaciarse, renunciar a ciertos malos hábitos para poder introducir otra cosa dentro de sí. En cuanto se renuncia a un defecto, inmediatamente ocupa su lugar una cualidad.

El libro de la naturaleza viviente está abierto todos los días delante de vosotros y podéis encontrar en este libro todo lo que necesitáis para conducir vuestra vida. ¿Por qué no lo comprendéis? ¿Por qué vuestros ojos no os sirven para ver ni vuestros oídos para oír? Porque andáis ocupados con goces y placeres que os lo

impiden. Cuando decidáis sacrificar estos goces y estos placeres descubriréis fuerzas formidables, vuestros ojos se abrirán y descubriréis todo lo que está escrito en el libro de la naturaleza. Este es el secreto.

Os encontráis, a veces, ante cuestiones incomprensibles para vosotros y os decís: «¡No puedo comprenderlo! ¿Por qué? ¡Hay otros que lo comprenden!» Respondeos a vosotros mismos: «Es porque todavía tengo goces y placeres inferiores que me quitan las fuerzas. Por eso no me quedan para mis ojos interiores.» No hay otra explicación a vuestra incapacidad de ver. Es preciso que vuestras fuerzas sean liberadas para ir a otras partes a despertar otras células. Pero la gente es ignorante y se dice: «Voy a saborear otra vez este placer porque si renuncio a él sufriré.» ¡No han comprendido nada! El Cielo no nos pide que suframos sino que afinemos nuestros placeres, que los hagamos más sutiles, más puros. Cuanto más renunciamos a los placeres pasajeros, tanto más somos invadidos por el verdadero gozo. El que puede comprenderme hoy cambiará completamente su vida, porque lo que os digo no son solamente palabras, es la realidad.

II

Para la mayoría de los humanos la palabra sacrificio se acompaña de la idea de dificultad, de privación, de sufrimiento. Pues bien, es ahí donde se equivocan. En la Ciencia iniciática se dice que, en realidad, el sacrificio no es una privación sino una sustitución, una transposición, un desplazamiento a otro mundo. Es la misma realidad la que continúa, pero con nuevos materiales puros y luminosos.

El sacrificio es, pues, la transformación de una materia en otra; nos privamos de una cosa para tener, en su lugar, otra mejor. Esto es el sacrificio. Tomad un trozo de carbón: es negro, feo, sucio; lo sacrificáis, y se convierte en fuego, en calor, en luz, en belleza. El que no quiere hacer sacrificios se queda en la fealdad, el frío y la oscuridad.

Mientras conservéis este pensamiento de que el sacrificio os hará sufrir y os empobrecerá, está claro que no tendréis ninguna gana de hacer

sacrificios. Por eso debéis adoptar el punto de vista iniciático que enseña que sólo debemos renunciar a una cosa para reemplazarla por otra mejor. ¿Queréis renunciar a un hábito malo, por ejemplo al juego, o a la bebida, o a las mujeres?... Mientras no lo hayáis reemplazado vendrá a tentaros, a atormentaros, porque no habéis suscitado otra necesidad capaz de triunfar sobre él, y hasta puede decirse que os exponéis a graves peligros, porque la cosa se convierte en represión. En tanto que los humanos no hayan comprendido esto se encontrarán con experiencias muy dolorosas, y entonces, claro, os explicarán que no vale la pena hacer sacrificios, porque no sólo no se tiene éxito sino que se es todavía más desgraciado.

No hay que privarse, no hay que renunciar, sino solamente desplazarse, es decir, hacer arriba lo que se hacía abajo: en vez de beber el agua en una ciénaga en la que pululan los microbios, beber el agua de una fuente pura, cristalina. No beber es la muerte. Si os dicen que no hay que beber, no es cierto; sólo de las cloacas es de donde no hay que beber. Hay que beber, pero beber el agua celestial. Esta idea está expresada también, simbólicamente, en el Génesis. Cuando Adán y Eva estaban en el Paraíso, Dios les había permitido comer del fruto de todos los árboles, excepto del fruto del Arbol del Conoci-

miento del Bien y del Mal. Dios no quería privar a Adán y Eva de alimento, quería solamente hacerles comprender que existen alimentos mejores y más benéficos que otros.

Un verdadero espiritualista no se priva: come, bebe, respira, ama, pero en unas regiones, en unos estados de conciencia maravillosos, desconocidos para el hombre ordinario. Cuando se habla de renuncia, la gente se asusta y dice: «Pero si renuncio, me voy a morir.» Y es cierto que van a morir. Si no comprenden que la renuncia les dará algo mejor, van a morir. No se trata de dejar de beber, dormir, respirar, amar, crear hijos, sino de hacerlo mejor. Cada día hay que pensar en hacer esta sustitución para crear un movimiento, una circulación de energías, porque si no, todo se estanca, se atrofia, y aparece el moho, la fermentación, la podredumbre. Siempre debe manar un agua nueva. Y para hacer manar este agua nueva hay que conectarse todos los días con el Cielo, meditar, rezar, todos los días. Porque sólo es verdaderamente nuevo lo que viene del Cielo.

Evidentemente, esta solución de reemplazar la encuentran a menudo los humanos por sí solos. Cuando una mujer quiere liberarse de un marido que sólo le trae complicaciones, ¡trata de buscarse otro! Instintivamente, los humanos se conducen de acuerdo con los preceptos de la

sabiduría eterna, pero estos preceptos no siempre son bien aplicados. Un hombre piensa que cambiando de mujer será más feliz; pero no es seguro que encuentre la felicidad. ¡Quizá, incluso, por escapar de una arpía, caiga bajo otra aún peor! O bien se quiere cambiar de régimen político, pero el siguiente tampoco es mejor. Los humanos sienten confusamente que hay que cambiar algo, sí, pero no es tanto en lo exterior que hay que introducir cambios sino en uno mismo.

Volvamos al ejemplo del fuego que os he puesto hace un rato. ¿Por qué los Iniciados, cuando deben hacer una ceremonia mágica, o los sacerdotes cuando deben decir misa, encienden al menos una vela o una lamparilla, para que la luz esté presente? Lo que os voy a revelar a este respecto es extremadamente importante, y cuando lo conozcáis, os veréis obligados a realizarlo en vuestra vida. Para alimentar la llama, la vela le suministra sus materiales, y, al hacerlo, mengua. La combustión es, pues, un sacrificio. Si no hay sacrificio no habrá luz. Para que la luz y el fuego existan hace falta un alimento, y este alimento es la vela. Nosotros también representamos una vela, tenemos toda clase de materiales combustibles. Estos materiales apagados y muertos son nuestros defectos, nuestros vicios.

Unicamente el fuego del sacrificio podrá volverlos vivos, luminosos, siempre que una chispa venga a inflamar la materia.

Mientras el hombre vive una vida ordinaria, está formado de materia inerte, negra, como un árbol muerto. Sólo cuando ha sido visitado por el fuego del espíritu se ilumina, se hace bello, vivo, cálido. Pero para eso debe sacrificar su vida egoísta. Lo que impide a los humanos hacer este sacrificio es el temor de desaparecer. Desde luego hay algo que desaparece, es cierto, pero este algo debe precisamente desaparecer para que otra cosa aparezca. La materia de la vela desparece para que la luz y el calor aparezcan. Diréis que al cabo de un cierto tiempo ya no queda nada de la vela; sí, pero el hombre, en cambio, puede arder indefinidamente. Una vez encendido ya no puede apagarse. Siempre habrá en él materia que arderá.

Lo más deseable es ser inflamados por el fuego sagrado del amor divino, porque entonces se encuentra el secreto de la vida. La mayoría de los humanos todavía no están encendidos, no quieren sacrificar nada de su naturaleza inferior, no quieren ser consumidos; por eso siguen siendo como velas apagadas. Es preciso que se decidan. Para tener esta luz y este calor es necesario que un día se decidan a quemarlo todo. Mirad un fuego: ¡con qué placer le echamos ramas

para alimentarlo! Estas ramas podrían quedar en cualquier lugar abandonadas, inútiles. Una vez encendidas, ¡mirad qué gozo nos reportan! Y todas estas energías vuelven hacia arriba, hacia el sol de donde vinieron... Estas crepitaciones que oís son un gozo, un júbilo, una liberación de energías. Son cadenas que se rompen: los prisioneros salen de su cárcel y se liberan.

Si existe la costumbre de rezar al Señor encendiendo una vela, haciendo quemar incienso, es porque la vela o el incienso que arde son el símbolo del sacrificio que, al consumarse, produce resultados. Sin sacrificio no obtenemos nada. Unicamente el sacrificio, que transforma las energías haciéndolas pasar de un estado a otro, produce la curación, la iluminación. Es la verdadera transmutación alquímica. Cada vez que enciendo un fuego o una vela, me siento sobrecogido por la profundidad de este fenómeno que es el sacrificio y ello me conduce siempre a pensar que, para tener la luz, incluso la luz interior, la luz de la inteligencia, la luz del espíritu, es preciso un sacrificio, hay que quemar siempre algo dentro de sí.

¡Los humanos tienen tantas cosas acumuladas en su interior que podrían quemar! Si pudiesen quemar todas las impurezas, todas las tendencias egoístas y pasionales que les empujan hacia las tinieblas, producirían un calor tal, una

fuerza tal, que quedarían completamente transformados. Pero, en vez de quemarlo, lo guardan cuidadosamente. Esperan a tener demasiado frío, es decir, a verse privados de amor, de amistad, de ternura, de dulzura, como en los períodos de frío glacial, cuando ya no hay de qué calentarse y se empiezan a quemar las viejas sillas, las viejas cómodas, los viejos armarios. Sí, es necesario que el hombre pase por grandes tribulaciones, por grandes desgracias, por grandes decepciones, para que se decida, por fin, a quemar las entiguallas acumuladas dentro de él desde hace siglos. Pero este momento llegará, llegará para todo el mundo. Aquellos que me hayan comprendido, ¡con qué placer irán a quemar todo lo enmohecido, todo lo carcomido o apolillado que tienen dentro...! y ¡hala, al fuego!, ¡una inmensa hoguera!...

La naturaleza inferior, la personalidad, está predestinada a alimentar al espíritu. Comprended esto de una vez por todas y dejad de preguntaros por qué poseéis todos esta naturaleza inferior y cómo podéis deprenderos de ella. No hay que eliminarla, porque sin ella no podríais subsistir sobre la tierra. Mientras que con ella tenéis todos los elementos necesarios para alimentar al espíritu. Sabed que existe una ley mágica según la cual, si queréis obtener resultados muy arriba, debéis sacrificar algo de vuestra personalidad,

porque gracias a esta renuncia, liberáis una energía que va a alimentar el éxito. Esta ley está en el origen de los sacrificios rituales que encontramos en todas las religiones del mundo desde la antigüedad. Cuando los antiguos imploraban a los dioses para obtener el éxito de una empresa, inmolaban animales con la idea de que las energías contenidas en la sangre derramada se propagaban en la atmósfera ambiente e iban a alimentar a ciertas entidades que ayudaban a la realización de estas peticiones. Pero vino Jesús y enseñó a los humanos que no sacrificaran más cosas exteriores: animales, frutos, harina, aceite, porque aunque estos dones representen un sacrificio para el que los hace, no se trata, no obstante, de un sacrificio tan esencial como el de renunciar a ciertas debilidades, a ciertos apetitos o codicias. El verdadero sacrificio es esta renuncia.

Jesús vino, pues, y pidió a los humanos que no inmolasen más a los animales externos, que no han hecho ningún mal, los pobres, para merecer esta suerte cruel, sino a los internos. Y como la naturaleza inferior es la morada de todos estos animales, hay que quemarla con el fuego del sacrificio para que pueda liberar todas las fuerzas que tiene dentro de sí. Entonces el espíritu, bajo forma de luz, de calor y de vida, se encuentra en la abundancia.

Evidentemente en el organismo ya se produce una combustión, y gracias a ella la vida existe. Pero se trata tan sólo de una vida vegetativa, de una vida animal. Yo os hablo, en cambio, de la vida espiritual. Y ahí la cosa es diferente: ya no es el cuerpo físico, es decir, las células, lo que arde, sino la naturaleza inferior, y aunque ésta no sea visible, es inmensa. ¡Gracias a ella nos podemos calentar y alumbrar durante siglos!

Por el momento, desgraciadamente, no es la naturaleza inferior del hombre la que se está quemando, sino su cuerpo físico. ¡Mirad cómo éste se encoge y disminuye cuando nos hacemos viejos! Esta combustión física es natural, normal, y no es necesario que nos preocupemos de ella. Pero es en la combustión de la naturaleza inferior en la que debemos de pensar todos los días, a fin de tener luz y calor para toda la eternidad.

X

VANIDAD Y GLORIA DIVINA

I

Cuantan que un discípulo fue a ver a su Maestro y le dijo: «No estoy satisfecho de mi talla: quisiera ser tan grande como el sol para llenar el espacio y ser visto por el mundo entero. Ayúdame a satisfacer mi deseo». El Maestro aceptó y el discípulo se volvió, efectivamente, gigantesco; todos podían verle desde muy lejos y los sabios y los filósofos se pusieron a estudiarlo y a forjar teorías acerca del origen de semejante ser; en cuanto a él, evidentemente, era muy feliz por haberse convertido en objeto del interés general. Poco tiempo después, otro discípulo vino a ver al Maestro y le dijo: «Mi talla no me permite dedicarme a los estudios que me interesarían; soy demasiado grande y quisiera volverme minúsculo para poder deslizarme por los más pequeños intersticios de la naturaleza. Te lo ruego, satisface mi deseo». También en este caso el Sabio hizo lo que el discípulo le pedía. Pero he ahí que ninguno de los dos discípulos había

previsto que pasado un cierto tiempo estarían hartos, el uno de ser gigantesco y el otro de ser minúsculo; no le habían preguntado al Sabio cómo podrían volver a su talla primitiva y se encontraban en un aprieto.

No sé de dónde viene esta historia, pero lo que es seguro es que estos dos discípulos eran muy ignorantes: no sabían que la vida entera descansa en una perpetua alternancia de contracción y de dilatación. Sí, lo grande y lo pequeño son los dos polos entre los que oscila la vida; y, precisamente, el peligro para el hombre, como para los dos discípulos de la anécdota, es el de querer fijarse en un solo polo. Evidentemente, esta tendencia a extenderse para ocupar el mayor lugar posible la poseen todos, empezando por el niño que, desde los primeros años de su vida, no cesa de crecer y de ensancharse. Cuando ha terminado de crecer en su cuerpo físico quiere agrandarse más de otra manera, adquiriendo más dinero, posesiones y gloria, siendo el primero en los concursos y en las competiciones. Los artistas, los sabios, los filósofos, quieren ocupar el mayor lugar posible en el campo del arte, de la ciencia o de la filosofía. E incluso aquellos que se consagran al Señor también desean ocupar el primer lugar entre sus servidores. Habéis leído, sin duda, en los Evangelios que la madre de los apóstoles Santiago y

Juan había pedido, en nombre de sus hijos, que estos se sentasen en el Cielo a la derecha y a la izquierda de Jesús.

Querer ser el primero no tiene en sí nada de censurable, es Dios mismo quien ha puesto este deseo en el hombre. Diréis que esto es vanidad. Sí, pero, ¿no es acaso la vanidad, precisamente, la que impulsa a tanta gente a hacer cosas magníficas? Es cierto que estas cosas son magníficas para los que rodean al vanidoso, ya que se benefician de ellas, y no tanto para el vanidoso mismo que se desvive y brega para complacer a los demás y para ganar su aprobación y su admiración. Los artistas, en particular, son todos vanidosos, pero ¡qué felicidad, qué gozo proporcionan a los demás cuando interpretan, mientras que ellos mismos, a veces, están desanimados y son infelices!

La vanidad sólo se vuelve peligrosa si obedece a móviles puramente egoístas, si el hombre quiere satisfacer sus deseos a expensas de los demás, despojando y aplastando a todo el mundo a su alrededor. Pero querer ser el más rico y el más poderoso para ayudar a los pobres, o para dirigir empresas que serán beneficiosas para todos es, desde luego, algo diferente.

En cuanto a la otra tendencia, la de seguir siendo pequeños y desconocidos, que vemos que se manifiesta en ciertos seres sin ambición,¿es

censurable? Depende. Si habéis escogido la vía de la espiritualidad y os acercáis cada día al Señor, a su amor, a su luz, pero seguís siendo comprensivos, generosos, humildes para no aplastar a los demás con vuestra superioridad, es, evidentemente, maravilloso. Pero si vuestra modestia es debida tan sólo a concepciones mediocres y estrechas de la existencia, no es muy bueno que digamos; no hacéis ningún bien a nadie, sois inútiles. Ved pues que cada tendencia puede ser buena o mala, y siempre debe ser dirigida por la sabiduría y el amor.

Sin dirección, sin control, el deseo de hacerse grande puede perjudicar, si no a los demás, por lo menos a la persona misma. Ha habido en la historia de la humanidad seres que han querido elevarse tanto por encima de la media de los humanos con su ciencia y su concepción de las cosas que, cada vez más, la soledad se cernía sobre ellos y sufrían. Tenían la gloria, claro, todo el mundo hablaba de ellos, pero estaban solos, porque no habían tomado en consideración que vivían en la tierra y que nunca debían perder el contacto con los humanos.

En realidad, hay que saber ora crecer, ora empequeñecerse. Os daré un ejemplo. Tomad un mago, o incluso un sacerdote, si queréis: cuando debe realizar ciertas ceremonias, se viste con vestimentas sacerdotales, lleva ornamentos

suntuosos... Pero una vez terminadas estas ceremonias, se presenta con las mismas vestimentas que todo el mundo. Después de esta manifestación gloriosa del espíritu, toma de nuevo una actitud simple, natural. Y aunque no se revista con vestimentas de ceremonia, un Maestro puede, en ciertas circunstancias, aparecer ante sus discípulos de una forma tan grandiosa, tan sublime, que estos no le reconocen y se quedan estupefactos, deslumbrados. Pero si le ven unas horas después, le encuentran de nuevo simple, accesible, como si nada hubiera sucedido. Eso prueba que este Maestro es sabio y está lleno de amor. Lleno de amor porque no quiere permanecer durante mucho tiempo lejos de los humanos, y sabio porque un ser humano, aunque sea el Iniciado más grande, no puede mantenerse continuamente en un nivel tan sublime, porque ello supondría una tensión demasiado grande, un dispendio de energías psíquicas demasiado grande, y su sistema nervioso no podría resistirlo.

Los que toman aires distantes e inspirados como si estuviesen continuamente en comunicación con el Cielo hacen comedia, porque no es posible mantenerse sin interrupción en estados semejantes. Y, por otra parte, aunque hagan comedia, sobrecargan también su sistema nervioso. Nada hay más cansado que forzar los

músculos del rostro a mantener una expresión artificial que no corresponde al verdadero estado interior. Hay que relajar los músculos del rostro, y, para ello, más vale no interpretar papeles para los que no hemos sido preparados, sino seguir siendo simples y naturales.

Debéis saber cuándo debéis mostraros grandes y cuándo pequeños. Os lo dije, el corazón os da una lección: alternativamente, se contrae y se dilata. Y si nuestro corazón es tan sabio, ¿por qué no nos mostramos nosotros tan sabios como él? Desgraciadamente esta sabiduría falta, especialmente en las mujeres: les gusta presentarse más expresivas, más amables, más inspiradas, o más enamoradas... Sobre todo, cuando una mujer encuentra a una amiga a la que no ha visto desde hace mucho tiempo, interpreta un papel para mostrarle cuán feliz es, cuánto éxito ha tenido. Y después, una vez que su amiga se ha ido, por cualquier pequeñez rompe a llorar. Si le preguntamos: «Pero, ¿qué sucede? – Nada, dice, son los nervios». Evidentemente, son los nervios, porque ha sobrepasado la dosis. Pero, ¿por qué esta vida artificial? ¿Para poder engañar con falsas apariencias? Pues bien, esto es vanidad, ¡y una vanidad estúpida!

Veis, pues, cómo la vanidad infla las cosas mientras que, en cambio, la modestia las hace volver a su tamaño natural. Pero la vanidad ago-

ta. Para mostrar que es rico, alguien da continuamente recepciones, banquetes, fiestas... Cuando sus arcas empiezan a vaciarse va a pedir prestado para poder continuar, y después, un día, llega a la ruina total. ¡En cuántos dominios hemos visto a gentes arruinadas por su vanidad! ¡Querían pasar por seres excepcionales! Retened, pues, esto: la vanidad agota, mientras que la sencillez, la modestia, os ayudan a recuperar energías. Sí, durante unas horas, unos días, hay que comportarse sencillamente, de forma desdibujada, para recuperar las energías que nos hemos visto obligados a gastar queriendo ayudar a los demás, instruyéndoles, distribuyéndoles nuestra riquezas.

El hombre ha sido creado para participar de la gloria divina. Esta idea está simbolizada en los Evangelios en la parábola del banquete. A este banquete un invitado no fue aceptado porque no se había vestido con el traje de ceremonia. Esto significa que para ser aceptado en las fiestas que da el Cielo, hay que llevar ornamentos y vestidos suntuosos, simbólicamente hablando. Sí, pero después hay que saber abandonar la fiesta, depositar todos estos ornamentos e ir a recogerse en algún lugar donde no os vean... a fin de prepararos para una nueva fiesta.

Si supiéseis observaros, habríais notado que incluso la vida cotidiana del hombre obedece a

estos dos movimientos. Por la mañana, se levanta, se viste, sale se su casa y se manifiesta de muchas formas. Por la noche, vuelve a su casa, se encierra en su habitación, se desviste, se mete en la cama, apaga la luz y se duerme. Y a la mañana siguiente todo empieza de nuevo. El hombre no cesa de aparecer y desaparecer; conoce, pues, por instinto estas dos leyes. Pero, ¿por qué entonces, cuando se trata de aplicarlas en otros campos, ya no sabe cuándo tiene que aparecer ni cuándo tiene que desaparecer, cuándo tiene que mostrase e irradiar, y cuándo tiene que eclipsarse y hacer mutis por el foro, como se dice en el teatro? Puesto que la desaparición no es sino la recuperación de energías, si el hombre no sabe desaparecer no se recuperará jamás; como todas estas personas que trabajan excesivamente durante días y noches y luego están completamente agotados. Entonces, claro, ¡desaparecen como Dios manda! Sí, desaparición forzada, ¡pero esto no es deseable!

II

Esta fuerza que nos empuja siempre a obrar para lograr algo mejor, no sabemos aún lo que es, porque toma todo tipo de apariencias. En realidad, es fácil: si está dirigida hacia la tierra, hacia la búsqueda de bienes y de éxitos materiales para deslumbrar al auditorio, se trata de vanidad, y no es muy deseable cultivarla. Pero si está dirigida hacia el Cielo, es decir, si se manifiesta como un deseo de cumplir la voluntad de Dios, de merecer ser acogido entre los elegidos, ya no se llama vanidad sino gloria divina, porque es un deseo que conecta con la eternidad y, en este caso, al contrario, hay que fomentarlo.

Tomemos una cuestión tan simple como la de los vestidos. Algunos se indignan cuando ven cómo se vestían antaño los aristócratas. ¿Por qué toda esta ostentación de terciopelos, de sedas, de encajes, de perlas y de piedras preciosas? ¿Para llamar la atención y engañar con falsas apariencias? Sí, pero, de todas formas, cuando en la pintura de todos los países se ha querido

representar a los Angeles, a los Arcángeles y a las Divinidades, no se les ha vestido con tejidos groseros, sino al contrario: han sido representados con vestidos magníficos, cubiertos de oro y de piedras preciosas. Y, excepto los espíritus estrechos que no quieren aceptar la ley de correspondencias, nadie se ha escandalizado. Porque, inconscientemente, todos sienten esta correspondencia que debe existir entre la riqueza interior y la riqueza exterior, entre la belleza interior y la belleza exterior.

En el dominio invisible, un Santo, un Profeta, un gran Maestro, llevan vestidos suntuosos y piedras preciosas, y estos vestidos son su aura. Los verdaderos vestidos del Iniciado son su aura, con todos los colores, y las piedras preciosas representan sus cualidades y sus virtudes. Ciertamente habéis leído en la Biblia la historia de José a quien su padre, Jacob, había dado una túnica de varios colores que había excitado la envidia de sus hermanos. Esta túnica de José es, evidentemente, el símbolo de su aura. Acordaos también de los vestidos sacerdotales que llevaba el Gran Sacerdote de los Hebreos: el Efod y, sobre todo, el pectoral con sus doce piedras preciosas.

Esta tradición de los hábitos y de los ornamentos sacerdotales se ha conservado hasta nuestros días con el mismo significado: la rique-

za exterior debe expresar la riqueza interior de aquél que los lleva. Juegan también un papel mágico: no sólo actúan sobre el que los lleva, poniéndole en un estado más sagrado, más místico, sino que actúan también sobre los espíritus del mundo invisible que se quieren atraer o rechazar. Claro que lo esencial es lo que sucede verdaderamente en el corazón y en el alma del sacerdote, del Iniciado, porque no son las vestiduras las que le darán la grandeza, la pureza, la sabiduría y el poder si no los posee.

Evidentemente, esta correspondencia entre la apariencia interior y la apariencia exterior no se da mucho entre los hombres: vemos a gente fea y pobre exteriormente que es bella o rica interiormente, y viceversa; ya os expliqué por qué esto es así. Pero en el mundo divino, en el Cielo, existe una correspondencia absoluta entre lo interior y lo exterior. Diréis: «Pero, ¿tienen apariencia exterior los seres de arriba?» Desde luego; a todas las cualidades, las virtudes y las fuerzas, corresponde una forma, un soporte, un vehículo. Decimos que los seres de arriba son espíritus, pero no son puros espíritus. Todo espíritu, por elevado que sea, posee un cuerpo, pero hecho de una materia tan cristalina, transparente y sutil que no podemos verlo. Los espíritus tienen un cuerpo que corresponde a las fuerzas y cualidades que poseen, exactamente como

los collares, las coronas y todos los ornatos corresponden a adquisiciones espirituales, puesto que las perlas y las piedras preciosas son el símbolo de unas virtudes determinadas. Claro que veréis también a gentes que llevan vestidos y adornos magníficos que no merecen. Todo es mentira, comedia: quieren atraer la atención sobre una bella apariencia para esconder su miseria interior.

Sin embargo, el deseo de exhibirse con sus mejores galas no tiene en sí nada de malo. Hasta se puede decir que es la naturaleza misma la que ha puesto esta tendencia en el hombre para obligarle a evolucionar. Es posible que con el deseo de atraer la aprobación o la admiración de los demás algunos hayan logrado superarse. Gentes que tenían miedo, pero que no querían defraudar la confianza que su familia o su país habían puesto en ellos, se convirtieron en verdaderos héroes. Un artista, también, no cesa de perfeccionarse en su arte para que el público no se canse nunca de él y de sus obras. Asimismo los educadores, los padres, los profesores, procuran utilizar esta tendencia para obtener mejores resultados de los niños. Cuando mostramos a un niño que esperamos algo de él, que tenemos confianza en él, hace todo lo posible para triunfar. Incluso de un delincuente pueden obtenerse buenos resultados dándole una responsabilidad

que le demuestre que tenemos confianza en él. En todo caso, éste es el método que yo utilizo con los jóvenes: siempre les muestro lo que pueden llegar a ser, la vida de esplendor que será la suya si trabajan de acuerdo con las reglas divinas, y he visto todas las transformaciones que esta idea puede producir en ellos.

La vanidad, pues, es siempre una buena tendencia en la medida en que se hace servir para la evolución. Siempre os he dicho que yo soy vanidoso; pero no es la aprobación de los humanos la que quiero obtener, porque sólo Dios sabe por qué caminos tortuosos me vería obligado a pasar para satisfacerla. No, la aprobación que yo quiero ganar es la de las Entidades sublimes de arriba, y eso es lo que me obliga a desarrollar en mí todo lo mejor y lo más bello. Porque la vanidad está relacionada, sobre todo, con la belleza. Cuando alguien es bello quiere mostrarse inmediatamente a los demás para ser admirado. Mientras que el que no tiene nada para hacerse admirar no tiene ganas de exhibirse. Una mujer que acaba de manchar su vestido o de hacerse un siete en las medias no irá a exhibirse en las calles más iluminadas, sino que, al contrario, se las arreglará para pasar por ellas lo más discretamente posible.

Es la naturaleza la que ha puesto la vanidad en el hombre y, por otra parte, la vanidad es

mucho más natural que el orgullo. El orgullo no es natural, hasta es una actitud que tiene algo de monstruoso. No tratéis, pues, de desembarazaros de la vanidad, porque sin ella ya no haréis nada... ¡Ah, mi querida vanidad! Yo, si tuviera que abandonarla, estaría perdido. Por eso la conservo preciosamente, pero me las arreglo para que esté a mi servicio, y no yo al suyo, porque, si no, sé a donde me arrastraría. Desde hace mucho tiempo he comprendido que la vanidad puede ser útil, que podemos servirnos de ella, ponerla a trabajar; pero a condición de comprender cuán peligroso es perseguir la gloria para sí mismo. Lo que hay que hacer es glorificar al Señor, a un ideal sublime para el que se trabaja; de esta forma, un día estaremos aureolados de esta gloria divina. Así que, vosotros también, aprended a orientar vuestra vanidad en la mejor dirección, es decir, hacia arriba.

Podemos decir que existen dos tipos de vanidad: una vanidad inferior y una vanidad superior; la una os incita a extenderos en el plano horizontal, y la otra a elevaros, a tomar la dirección vertical. El inconveniente de la vanidad inferior es que inmediatamente suscita envidia y hostilidad, porque se da en espectáculo y arma alboroto para atraer las miradas. Si ven vuestro nombre en todas las carteleras de teatro y de cine, o en todas las etiquetas de ciertos produc-

tos, o en las páginas publicitarias de todas las revistas, siempre habrá gente que se sienta lastimada por vuestro éxito: también ellos tenían ambiciones, también ellos querían el triunfo y la gloria, pero sois vosotros los que habéis triunfado y están resentidos contra vosotros. Mientras que si les dejáis hacer tranquilamente sus trapicheos y os ocupáis solamente de perfeccionaros, de acercaros cada vez más del Señor, entonces, creedme, el camino está mucho más libre y os dejarán en paz.

XI

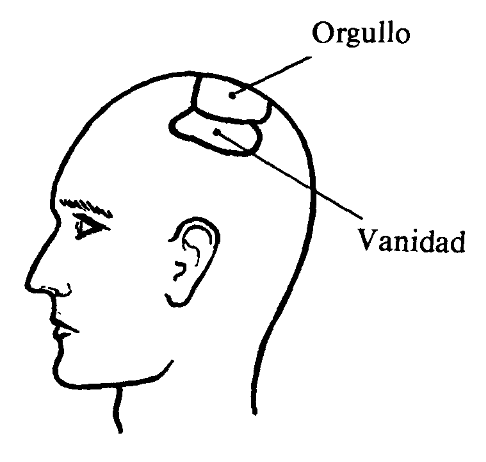
ORGULLO Y HUMILDAD

La vanidad se muestra buena, amable, generosa; va a todas partes para que la vean, hace el bien para que la observen, es servicial para que la aprecien. Pero para el que la manifiesta es a menudo perjudicial, ciertamente. En cuanto al orgullo, no es de ninguna utilidad; ni siquiera para los demás. El orgulloso es duro y despreciativo, quiere ser apreciado y respetado sin hacer lo más mínimo para los demás. Satisfecho de la buena opinión que tiene de sí mismo, no va a exhibirse a los ojos del mundo; quiere que sean los demás quienes se molesten en descubrirle. Es solitario y helado, como las cumbres de las montañas. Hay que subir para encontrarle, y todavía, a menudo, permanece inaccesible y oculto. Pero cuando se da cuenta de que no se le profesa respeto ni admiración, que no se le reconoce como un ser superior, se encierra y se ensombrece. El vanidoso tiene una luz, por lo menos... una luz un poco borrosa, ciertamente, pero al

menos hace algo para brillar. El orgulloso es sombrío, está bajo el signo de Saturno; mientras que el vanidoso está, más bien, bajo el signo de Júpiter.

Si estudiamos esta cuestión desde el punto de vista frenológico, descubriremos que el centro de la vanidad está situado a un lado del cráneo, mientras que el orgullo está situado en el eje mediano, un poco hacia atrás. Pero la vanidad y el orgullo no son exclusivas del hombre; se les ve aparecer ya en los reinos vegetal y animal. Entre los animales, la gallina es vanidosa mientras que el gallo es orgulloso. El caballo es vanidoso, mientras que el asno es orgulloso. Entre los vegetales, el melón es vanidoso y la sandía orgullosa; el tomate es vanidoso y el puerro orgulloso. Entre los humanos, es más bien la mujer la vanidosa y el hombre el orgulloso. Una mujer orgullosa es un hombre disfrazado, y viceversa. A una mujer le conviene mejor ser vanidosa. En nuestro ser interior, encontramos también el orgullo y la vanidad: el intelecto tiende al orgullo, el corazón a la vanidad. A medida que se desarrolla, el intelecto se vuelve orgulloso, se aisla de los demás. El corazón, al contrario, es vanidoso, tiene necesidad de mostrar todo lo que posee o sabe hacer.

Se puede decir que los Iniciados de la Antigüedad se caracterizaban por el orgullo: querían



guardar celosamente todos sus secretos y mantenían a la multitud alejada de los misterios. En nuestros días, por el contrario, los Iniciados tienen tendencia a revelarlo todo, a darlo todo. Mirad, toda la Ciencia iniciática está ahora expuesta a la vista de todos; podríamos decir que los Iniciados contemporáneos son más bien vanidosos. Digamos también, si queréis, que yo soy vanidoso, sí, y gracias a mi vanidad aprendéis de mí muchas cosas, lo que no sería el caso si yo fuese orgulloso.

Pero centrémonos ahora en el orgullo que es, verdaderamente, el defecto más difícil de vencer, incluso para un Maestro o un Iniciado. Muchos que han subido hasta la cima de las altas montañas, se han dado cuenta de que allí arriba

muchas debilidades y deseos inferiores les abandonaban y que se sentían más tolerantes, más altruistas, más generosos. Una sola cosa no les abandonaba : el orgullo. Al igual que los árboles que no pueden subsistir por encima de una cierta altitud, nuestras tendencias inferiores no resisten a una cierta elevación espiritual, excepto el orgullo que, como el liquen, que se agarra aún a las rocas más elevadas, acompaña a los santos y a los Iniciados hasta el último grado de la evolución.

Es bastante fácil liberarse de todos los demás defectos, pero del orgullo es extremadamente difícil, tanto más difícil cuanto que es capaz de revestirse de todas las apariencias, hasta de las más virtuosas, de las más luminosas. ¡Cuántos han caído por orgullo, orgullosos de su saber, de su poder, de su santidad! A pesar de su sabiduría, de su pureza, no se dieron cuenta de que su corazón se endurecía, y algunos acabaron por creerse que eran Dios en la tierra. Por eso se recomienda a los discípulos que se protejan del orgullo desde el principio.

¿Qué es el orgullo? Simplemente una forma de poner la cabeza y de mirar. Desde luego, ésta es una definición que no encontraréis en ningún diccionario. Pero, ¿por qué no tendría yo derecho a tener mis propias definiciones? Y la humildad también es una forma de poner la

cabeza... Vais a comprender. Supongamos que estéis acostumbrados a mirar hacia abajo, ¿qué veréis? Animales, insectos, microbios, es decir, imbéciles, locos, criminales. Al compararos con ellos os encontraréis inteligentes, geniales, perfectos, y empezaréis a despreciar a los demás y a querer aplastarles. Esto es el orgullo: una comparación con los que están por debajo de vosotros. La humildad es la actitud inversa: consiste en mirar hacia arriba, en levantar los ojos hacia todas las criaturas superiores... y al compararos con ellas, os encontráis bien pequeños.

La tradición iniciática cuenta que Lucifer era el más grande y el más hermoso de los Arcángeles. Con su poder, empezó a creerse igual a Dios y hasta quiso destronarle. Y el orgullo es también esto: creerse igual a un ser que nos sobrepasa y querer reemplazarle. Viendo esto, otro Arcángel se levantó y dijo: «¿Quién como Dios?» En hebreo: «*Mi* (quién) – *Ka* (como) – *El* (Dios).» Entonces el Señor que observaba, se dice, la escena, se dirigió a él: «De ahora en adelante te llamarán Mikhaël y serás el jefe de la milicia celestial». Si el orgullo hizo caer al más grande de los Arcángeles arrastrando a otros ángeles en su caída, con mayor razón puede hacer caer a simples humanos.

Para escapar al orgullo hay que esforzarse en conocer nuestras dos naturalezas, superior e

inferior, la individualidad y la personalidad, de las que tanto os he hablado, y aprender a trabajar con ellas. Sólo de esta manera podemos protegernos del orgullo. Exactamente como con la vanidad, la cólera o la energía sexual: en vez de ser dominados y subyugados por el orgullo, podemos dominarlo dándole un trabajo a hacer. Yo tampoco me considero protegido si no hago este trabajo. La humanidad transporta este orgullo desde hace millones de años, pero tiene su razón de ser, y aprendiendo a dominarlo para ponerlo a trabajar, podemos escapar de él.

La primera condición para dominar el orgullo es saber reconocer sus manifestaciones. Y, sin embargo, muchos toman el orgullo por humildad, e inversamente. Cuando ven a un hombre que se comporta ante los poderosos con una actitud servil, porque se siente pobre, ignorante y débil a su lado, dicen de él que es humilde. Pero cuando ven a un ser que quiere realizar el Reino de Dios dicen: «¡Qué orgullo!»... No, se equivocan. El primero no es humilde: se inclina delante del rico y del poderoso por debilidad o por necesidad, porque no puede hacer otra cosa; pero dadle un poco de riqueza y de fuerza, ¡y veréis si es humilde!

No hay que fiarse de la actitud de algunos porque, de momento, no hacen daño ni a una mosca. Son dóciles, sí, pero, ¿dóciles para

quién? Muchos en cuanto poseen los medios para imponerse, se dicen: «Fulano y zutano me hicieron daño, ¡ahora les voy a dar una buena lección!», y se vengan. Podemos decir que la humildad de un hombre es real y auténtica si, recibiendo la fortuna y el poder, continúa siendo comprensivo y accesible. Pero mientras no se haya hecho esta experiencia no se puede decir nada.

Y observad también en las pruebas a aquellas personas que se dicen humildes. ¡Cuántos, ante las menores dificultades se rebelan contra Dios y hasta niegan su existencia! La verdadera humildad no consiste en inclinarse ante los poderosos, los ricos, los verdugos, sino ante el mundo divino, ante el Señor; consiste en respetar todo lo sagrado, preservándolo dentro de nosotros y a nuestro alrededor. ¡Cuántos se creen humildes cuando no cesan de pisotear las prescripciones divinas! No, la humildad es el servicio absoluto, la disponibilidad absoluta, la obediencia absoluta al Creador.

Según la opinión de algunos, Jesús era orgulloso porque decía: «Yo soy el Hijo de Dios», expulsaba a los mercaderes del Templo con un látigo y llamaba a los fariseos «raza de víboras», «hijos del diablo», «sepulcros blanqueados»... Pero, en realidad, no era orgulloso, porque se

sometía a los decretos del Cielo y en medio de los más terribles sufrimientos dijo: «Padre, hágase tu voluntad y no la mía.»

El orgulloso es aquél que se imagina que él lo es todo, que no depende de nada ni de nadie, exactamente como una lámpara que pretendiese dar luz, sin sospechar que si la central eléctrica dejase de suministrarle electricidad permanecería oscura. El orgulloso cree que él mismo es la fuente de los fenómenos que se manifiestan a través suyo; por eso, para escapar al orgullo, el Iniciado que logra una victoria espiritual debe aprender a no decir: «¡Yo he triunfado!» sino: «Señor, Tu has triunfado a través mío... ¡Que la gloria sea para tu nombre!»

El hombre humilde sabe que no es un ser aislado, que nada depende de él y que, si no permanece unido al Cielo, no tendrá ni fuerza, ni luz, ni sabiduría. Siente que es el eslabón de una cadena infinita, el conductor de una energía cósmica que viene de muy lejos y que fluye a través suyo hacia los demás hombres. El hombre humilde es un valle regado por el agua que desciende de las cumbres para fertilizar las llanuras, recibe las fuerzas que brotan de la montaña y así conoce la abundancia. Mientras que el orgulloso, que cree que sólo depende de sí mismo, al olvidar la fuente de las fuerzas que se manifies-

tan a través suyo, acaba, tarde o temprano, por perderlo todo. Todavía no se ha comprendido toda la riqueza de la humildad.

El orgullo es un defecto del intelecto, y si queréis ver una de las manifestaciones más clamorosas del orgullo en el mundo, escuchad hablar a los científicos, a los filósofos, a los artistas o a los hombres políticos cuando presentan sus ideas, sus puntos de vista, sus credos: todos están convencidos de que son los únicos que tienen razón, que piensan correctamente, y están dispuestos a exterminar a los demás para hacer triunfar sus convicciones. La historia está llena de estos hombres que estaban tan persuadidos de poseer la verdad, y hasta de ser el brazo derecho del Señor, que se permitían devastar ciudades enteras y exterminar poblaciones. ¡Mirad si no la Iglesia con la Inquisición! Todos estos sacerdotes y obispos se creían tan superiores que se otorgaban el derecho de exterminar a todos aquellos que juzgaban en el error. ¡Qué orgullo! ¡Qué presunción!

Mientras los hombres se imaginen que sus puntos de vista son los mejores y se pronuncien de forma definitiva no harán sino cometer errores. Porque esta actitud es la contraria de

una actitud inteligente. La verdadera inteligencia es la humildad, es decir, la que reconoce que existen por encima de nosotros seres que nos sobrepasan y que pueden comprender las cosas de forma más clara, más pura y más divina que nosotros. Unicamente un idiota puede creer que su forma de ver es absoluta. El hombre inteligente dirá: «De momento, pienso así, siento así, comprendo así. Pero ello no quiere decir que no existan otros seres más evolucionados que son capaces de instruirme y de ayudarme. Iré a buscarlos.» Esta es la verdadera inteligencia.

Pero, ¿dónde encontrar a seres que razonen tan sabiamente? ¡Cuántos derramarán su sangre y sacrificarán su vida (o la de los demás) para mostrar que poseen la verdad! Porque, desgraciadamente, nada crea tantos conflictos entre los humanos como el desacuerdo en las ideas. Todos están dispuestos a aceptarse los unos a los otros con sus debilidades y sus lagunas, pero, tan pronto como sus ideas políticas, filosóficas o religiosas divergen o se oponen, es la guerra. Observad al mundo: ¡cuántos seres excepcionales cuyas virtudes y santidad han sido ignoradas tan sólo porque tenían puntos de vista diferentes! Les cortaron la cabeza como a vulgares bandidos, sin consideración a su sabiduría ni a su valor moral. El orgullo ciega la vista ante las vir-

tudes de aquél cuya opinión quiere combatirse. El orgullo enfrenta a unos seres contra otros, y la humildad restablece la armonía.

La sabiduría, la inteligencia, la verdadera inteligencia divina, la poseen los humildes, los que no confían únicamente en las elucubraciones de su intelecto. Mientras que el intelecto habla, discute, hace ruido y ocupa todo el espacio, el mental superior no puede decir su palabra. Unicamente el mental superior permite ver y comprender el designio divino para el que el hombre ha venido a la tierra, y no sólo comprenderlo, sino realizarlo. Desprovisto de esta humildad que le permite proyectarse más allá del intelecto, el hombre pasará constantemente delante de lo esencial sin darse cuenta. Sólo cuando haya logrado dominar las pretensiones insensatas del intelecto dará a su mental superior las posibilidades de manifestarse, y el esplendor del universo se descubrirá ante sus ojos maravillados.

Todos aquellos que están convencidos de la validez absoluta de sus opiniones, son orgullosos. Diréis: «Entonces, ¿nunca debemos pensar que estamos en la verdad?» Claro que sí, y os daré el método para evitar que este pensamiento conlleve una actitud de orgullo. Pero, en primer lugar, en necesario que tengáis ideas

claras sobre la naturaleza de la inteligencia, así como sobre el origen de vuestros puntos de vista, de vuestras opiniones.

Nuestra inteligencia no es otra cosa más que la suma, la síntesis de toda esta multitud de centros y de órganos que hay en nosotros, de todas la tendencias, de todos los impulsos que transportamos de encarnación en encarnación desde hace millones de años; es un resumen de todas las facultades y capacidades que poseen las células que componen nuestro organismo. Cuanto más evolucionadas, sensibles y armoniosas son nuestras células, tanto más desarrollada es nuestra inteligencia. Esto es lo que hay comprender. La inteligencia no es una facultad separada, distinta, independiente del conjunto del ser humano, de sus células, de sus órganos. Por eso pensar correctamente no sólo requiere un esfuerzo del intelecto, sino que se trata, en realidad, del resultado de toda una disciplina vital.

Vayamos más lejos aún. ¿Cuál es el origen de esta inteligencia que poseemos? Es un reflejo de la Inteligencia cósmica. Pero es un reflejo imperfecto, porque al pasar a través de todas nuestras células, que a menudo son presa del desorden de las pasiones, se encuentra, claro está, limitada, oscurecida. La Inteligencia cósmica no puede manifestarse perfectamente a tra-

vés de un ser que todavía no sabe dominar sus movimientos instintivos; pero a medida que este ser se purifica y perfecciona, va captando cada vez mejor la luz de esta Inteligencia.

Puesto que su inteligencia es una consecuencia del estado en que se encuentran todas las células de su cuerpo, el discípulo debe velar para mantenerlas en el estado más armonioso posible, vigilando la calidad de su alimento físico, pero, sobre todo, del psíquico (sus sensaciones, sus sentimientos, sus pensamientos); de lo contrario, permanecerá cerrado a las más grandes revelaciones. No existen otros medios para mejorar la inteligencia que mejorar la manera de vivir. Siempre lo he creído, siempre lo he sabido, y siempre he trabajado en este sentido.

Cuando veo a algunos que se pronuncian sobre temas de los que nada conocen con la certeza absoluta de que están en la verdad y que están incluso dispuestos a exterminar a los demás y a destruírse a sí mismos en nombre de sus convicciones, me quedo asombrado. Nunca se preguntarán: «¿Y si me equivocase? Quizá yo no sea muy evolucionado, ni muy receptivo, quizá no estoy muy purificado. ¿Tengo acaso derecho a estar absolutamente convencido? Tengo que asegurarme: voy a estudiar más.» Pero no, matarán a los demás, se matarán también ellos, pero no cambiarán de opinión.

Pero, ¿cómo puede la gente estar hasta tal punto convencida de tener razón en todo, respecto a los acontecimientos, a la religión, a la política, al amor?... Unos años después han cambiado totalmente de opinión, y siguen creyendo que tienen razón. En su juventud pensaban de una manera, una vez adultos piensan de otra, y cuando lleguen a la vejez pensarán aún de forma diferente. Entonces, ¿por qué están tan apegados a sus ideas? Deberían decirse: «Puesto que ya he cambiado varias veces de opinión, ¿quién me prueba que ahora estoy en la verdad?» Sí, incluso a los noventa y nueve años uno debe decirse: «Todavía espero para pronunciarme. Quizá dentro de unos miles de años lo vea claro. ¡He cambiado ya tantas veces de opinión a lo largo de mi existencia!» Hay que estar convencidos, sin duda, pero no de nuestras capacidades de juicio, porque son limitadas, incompletas. Vivid aún algo más y cambiaréis todavía varias veces de opinión.

Ahora que habéis comprendido cuán amenazados estamos todos por el orgullo, tomad precauciones para que no os afecte: todos los días, procurad mirar hacia arriba y compararos con los seres que os sobrepasan, con los Arcángeles, con las Divinidades, y veréis que no sois gran cosa. Por eso, en vez de pronunciaros sobre

todos los temas diciendo: «En mi opinión, esto es así... En mi opinión...» procurad conocer la opinión de la Ciencia iniciática, de los grandes Maestros de la humanidad, preguntadles cómo ven las cosas para que os comuniquen su luz. Todos se equivocan mientras no hayan ido a verificar sus opiniones, sus maneras de ver, comparándolas con las de la Inteligencia cósmica. La historia lo prueba: años después nos damos cuenta que cometieron grandes errores.

He ahí, pues, el mejor método para resistir al orgullo. Sabiendo que, a causa de los errores que hayáis podido cometer en vuestras encarnaciones precedentes tenéis, en esta existencia, una inteligencia muy limitada, y que si confiáis en ella iréis abocados a la catástrofe, debéis preguntar contínuamente la opinión del mundo divino. Todos los días, acostumbraos a mirar hacia arriba y a decir: «Esto es lo que pienso sobre tal asunto o tal persona. ¿Tengo razón? Instruidme.» Entonces, no sólo ya no podéis ser orgullosos sino que recibís, por fin, respuestas claras y verídicas, y estáis en el buen camino. Nunca penséis que habéis alcanzado la perfección, no, sólo camináis por el camino de la perfección. Hay que ser muy prudentes, porque hasta que no hayáis llegado a la cima, podéis equivocaros.

Además, se puede decir que todos aquellos que no trabajan verdaderamente para transfor-

mar su manera de vivir y que siguen siendo atraídos por sus deseos inferiores, aunque pidan al Cielo que les instruya, la respuesta que reciben es una respuesta errónea; no es una intuición, sino una impresión engañosa. ¿Por qué? Porque la respuesta del Cielo, al pasar a través de las capas impuras que han acumulado dentro de sí, sufre una deformación. Exactamente igual como sucede cuando sumergimos un bastón en el agua: se ve quebrado. Sí, incluso los consejos del mundo divino, si pasan a través de capas de impurezas, llegan deformados. Y entonces, hay tantos riesgos de errores que más vale no escuchar lo que recibís. Muchos seres son receptivos, algo mediúmnicos, algo clarividentes, y es cierto que captan elementos del mundo invisible, pero se trata de elementos mezclados de los que es preferible no fiarse. Unicamente el que hace esfuerzos para purificarse, para despojarse, para ennoblecerse, recibe del Cielo respuestas claras, límpidas y verídicas.

XII

LA SUBLIMACIÓN DE LA ENERGÍA SEXUAL

I

La historia del primer hombre y de la primera mujer, Adán y Eva, tal como es narrada en el Génesis, de su vida en el jardín del Edén y de la razón por la cual fueron expulsados de dicho jardín, es un relato de una gran profundidad simbólica cuya riqueza es inagotable.

Dios, pues, puso el jardín del Edén a entera disposición de Adán y Eva. Sólo les prohibió probar de los frutos del Arbol de la Ciencia del Bien y del Mal. ¿Por qué?

En cierta manera el Paraíso era un laboratorio alquímico, y los primeros hombres, alquimistas que estudiaban las propiedades de los elementos, simbolizados por los árboles del jardín. Y si Dios les había prohibido comer de los frutos del Arbol de la Ciencia del Bien y del Mal, es porque contenían elementos que ellos todavía no podían soportar; no estaban preparados y debían esperar.

Pero he ahí que Eva, más curiosa que Adán, observaba estos frutos con gran interés sin osar

tocarlos todavía. Entonces, la serpiente de su espalda se despertó, porque con el calor las serpientes se despiertan y se vuelven extremadamente ágiles. Este día, pues, hacía mucho calor en el Paraíso... ¡evidentemente, todo eso es simbólico!... y la serpiente escondida en la espina dorsal de Eva* se despertó y le dijo: «Prueba de este fruto, ¿por qué tienes miedo? Si comes, serás semejante a Dios; precisamente por eso te lo ha prohibido». Era cierto que a causa de este fruto Eva llegaría a ser semejante a Dios, pero después de miles de millones de años de sufrimientos, de peripecias, y de reencarnaciones sucesivas. Eva comió, pues, del fruto prohibido y lo dio a comer a Adán. Pero su organismo no podía soportarlo. Dios había dicho: «Si coméis de este fruto, moriréis». Y murieron, en efecto, murieron en el sentido que se produjo en ellos un cambio de estado de conciencia. Antes eran libres, felices, ligeros, luminosos, y murieron para los gozos y las luces del Cielo y se hicieron vivos para los sufrimientos de la tierra.

La serpiente del Génesis es, pues, un símbolo: el símbolo de la energía sexual que se despertó en el hombre y ante la que sucumbió. La ser-

* Ver en «Centros y cuerpos sutiles» (Colección Izvor n° 219) Capit. VI, 1ª parte, en donde el Arbol de la Ciencia del Bien y del Mal es asimilado al sistema de chacras y la serpiente a la fuerza Kundalini.

piente se despierta con el calor y se duerme con el frío. En todas las pasiones encontraréis el calor: un calor que lo destruye y consume todo dentro de nosotros. En las selvas ecuatoriales, en donde reina un fuerte calor, vive el mayor número de bestias salvajes y de fieras. Aquél que se aventura a menudo por el ecuador (el estómago y el sexo), se encuentra con las pasiones (las fieras) que empiezan a multiplicarse en él.

La serpiente es, pues, considerada como la expresión del mal en el hombre, aunque, en realidad, su simbolismo no sea únicamente negativo: al contrario, la serpiente también es considerada como un símbolo de la sabiduría. Este doble significado está particularmente bien representado por el caduceo de Hermes.

Para los Iniciados, la primera serpiente del caduceo representa la energía sexual, la causa del mal, y la segunda serpiente es el símbolo de la transformación de esta fuerza en otra energía, muy poderosa, que es sabiduría y clarividencia. Por eso los faraones del antiguo Egipto son representados a menudo con una pequeña serpiente que sale de entre sus dos ojos. Ello significaba que habían transmutado la energía sexual haciéndola subir hasta el cerebro. Esta fuerza transmutada da a los Iniciados la posibilidad de echar una mirada en la sutilidad de las regiones supraterrestres. En ciertas religiones de la Anti-

güedad, se rendía culto a las serpientes y se utilizaban éstas como oráculos; en Delfos, por ejemplo, se decía que la Pitia daba sus oráculos bajo inspiración de la serpiente Pitón.

Los sabios, que conocen las leyes y saben con qué medios se puede transformar el poder que dormita en todo hombre, se convierten en «serpientes», es decir, en seres razonable, prudentes. En la India, los sabios son llamados «nagi» – serpientes – , para mostrar que las fuerzas del mal se pueden convertir en benéficas si el hombre sabe transformarlas. En nosotros, la serpiente se encuentra en la columna vertebral. En la parte inferior de la columna vertebral dormita el poder de la serpiente Kundalini, y Kundalini puede hacer milagros en el Iniciado que sabe cómo despertarla.*

¡Cuántos religiosos del pasado consideraban que la energía sexual es una fuerza diabólica que hay que reprimir por todos los medios! Y, ¿cuál era el resultado? Dejaban de tener vida, las fuentes se secaban, ya no sentían ningún entusiasmo, ninguna alegría. Se imaginaban que así se habían convertido en santos. ¡Pero la santidad no es eso! En el pasado, generaciones enteras siguieron este camino, pero, ¿con qué resultados?...

* Ver en «Centros y cuerpos sutiles» (Colleción Izvor n° 219) el Capítulo V: la fuerza Kundalini.

Evidentemente, de entre estos miles de místicos, algunos tenían verdaderamente dones, una inteligencia y una voluntad extraordinarias que les permitían superar esta aridez, pero, de todas formas, tampoco ellos se desarrollaban con plenitud. ¿Por qué? Porque no sabían que la energía sexual es una energía divina que el Creador ha dado para felicidad de la humanidad... y no para su desgracia, como ellos creían.

La energía sexual es una energía que tenemos que utilizar razonablemente: es una savia bruta que se transforma en las células, y que el espíritu distribuye después por todo el organismo bajo forma de vitalidad en el plano físico, de amor y de alegría en el corazón, y de luz y de sabiduría en el cerebro. La energía sexual es un poder enorme que los sabios saben dirigir: no dejan que les atormente ni que les empuje a vivir tragedias; no dejan que inunde y destroce las ciudades que hay en ellos, sino que construyen molinos, fábricas, canales de irrigación, y cosechan los frutos que ha producido esta fuerza sabiamente repartida. Cuanto más razonables somos en la utilización de la energía sexual, tanto más adquirimos riquezas espirituales. La energía sexual dominada es exactamente como el agua de un gran río que se canaliza para irrigar las tierras, igual que los egipcios habían hecho con el Nilo, asegurando así la prosperidad

del país. Cuanto más utiliza el hombre con sabiduría la energía sexual, tanto más se acerca al Reino de Dios y comprende el sentido y la belleza de la vida.

II

Se diría que cuanto más se explica a los humanos la cuestión del amor desde un punto de vista iniciático, menos claro lo tienen. ¿Por qué? Porque desde hace miles de años han repetido las mismas prácticas, los mismos comportamientos; no llegan a concebir que la naturaleza, después de haber dado a las criaturas ciertos comportamientos durante un período, quiera, a continuación, apartarles de los mismos, para llevarles a descubrir, en este campo, otras manifestaciones, superiores, más bellas, más espirituales. Cuando se les habla de este tipo de concepción del amor, responden que si no pueden satisfacer sus necesidades morirán, ¡porque es eso lo que les hace vivir! Sí, claro, eso hace vivir a las raíces, pero las flores se mueren arriba. Todo depende, pues, de la persona y de su grado de evolución.

Los humanos están hechos para evolucionar en todos los campos, ¿por qué, pues, no evolu-

cionarían también en el campo del amor? Y, precisamente, este grado superior, esta evolución, consiste en sublimar la energía sexual, en dirigirla hacia lo alto, hacia la cabeza, para alimentar al cerebro y volverle capaz de las más extraordinarias creaciones. El amor es una fuerza divina que viene de arriba y, por tanto, hay que considerarla con respeto, preservarla, e incluso pensar en hacerla volver hacia el Cielo, en vez de enviarla hacia el infierno en donde es tomada y utilizada por los monstruos, las larvas y los elementales. Mientras que los hombres no conozcan los medios para utilizar estas energías para trabajos espirituales gigantescos, continuarán despilfarrándolas, y por eso se empobrecen y embrutecen. Todo el mundo sabe que la energía sexual sigue una cierta dirección. Pero muy pocos son conscientes de que puede ser orientada en otra dirección y están decididos a hacer esta experiencia.

La energía sexual es experimentada por la mayoría de la gente como una tensión terrible de la que tienen necesidad de liberarse. Y se liberan de ella sin saber que pierden algo muy precioso, una quintaesencia que es quemada estúpidamente sólo en el placer, cuando hubiera podido ser utilizada para una verdadera regeneración de todo su ser. Hay que considerar al hombre como un edificio de cincuenta o cien pisos; compren-

deremos, entonces, que se necesita una gran presión, una gran tensión, para hacer subir el agua hasta lo más alto de la casa, a fin de que los habitantes de arriba puedan tener agua para lavarse, beber, regar las plantas, etc. Sin esta tensión el agua no subirá hasta arriba. Si supiesen lo que es esta tensión, si supiesen utilizarla, los humanos conseguirían alimentar y saciar las células de su cerebro, porque esta energía puede subir hasta él a través de unos canales que la naturaleza inteligente ha preparado especialmente para este fin.

Se puede comparar este sistema de canales al que encontramos en un árbol. Todas las sustancias extraídas del suelo por las raíces forman la savia bruta. Esta savia, aspirada por los pelos absorbentes de la raíz, es transportada por los vasos leñosos a lo largo del tallo hasta las hojas para alimentar a continuación a las flores y a los frutos. El árbol conoce el secreto alquímico de la transmutación de la materia. Y si el árbol conoce este secreto, ¿por qué no lo conocería el hombre?

La tensión es, por tanto, útil y no hay que desembarazarse de ella, porque gracias a esta tensión la energía puede llegar hasta arriba; si no, en vez de despertarse para trabajos gigantescos, las células del cerebro permanecerán embotadas, empobrecidas, anestesiadas, y se conten-

tarán con asegurar la buena marcha de las funciones inferiores, sin más. Mientras no aprendamos a dominarnos, nos privaremos de todas las posibilidades de ser fuertes, poderosos e inteligentes.

¿Cómo hacer comprender a los hombres y a las mujeres que, en los planes de la Inteligencia cósmica, esta energía debía ser utilizada para creaciones sublimes? ¡No hay medio! Quieren el placer, lo fácil, lo que no requiere ningún esfuerzo. Sí, pero este placer lo pagan muy caro. No saben que el que hace esfuerzos para dominarse, no solamente se enriquece, sino que experimenta también un placer extraordianrio. O más bien, no es la palabra «placer» la que aquí conviene, porque éste está siempre ligado a las manifestaciones instintivas inferiores, sino las palabras «gozo», «arrobamiento», «éxtasis»... El placer no es algo muy glorioso, y hasta a veces nos avergonzamos de él, mientras que el gozo, el arrobamiento, el éxtasis, sólo podemos obtenerlos poniendo en acción nuestro lado divino.

Me dirijo a la juventud sobre todo. La juventud no se da cuenta que existen experiencias más enriquecederas que aquéllas en las que se aventura, y en las que en unos años perderá su frescor, su encanto, su belleza, su luz. Los jóvenes

quieren experimentar al amor físico; bien, de acuerdo, pero no lograrán la felicidad acumulando experiencias; al cabo de algún tiempo habrán olvidado todas las sensaciones de placer que hayan vivido, y no les quedará más que ruina, pesadumbre y tristeza. Que traten de hacer un esfuerzo para dominarse; aunque no lo consigan inmediatamente, poco a poco obtendrán resultados; estarán orgullosos de haber sabido vencer y se sentirán más fuertes.

Algunos dirán: «Pero ¿cómo hay que ejercitarse?» No es difícil; los jóvenes se ven en tantas ocasiones: en la calle, en el trabajo, en reuniones, en los viajes, en el baile, en la playa... Y es normal que sientan a veces que se despierta en ellos un impulso. Pero, en vez de hacer inmediatamente todo lo que pueden para satisfacer su deseo lo más rápidamente posible, ¿por qué no se deciden a resistir y a hacer un esfuerzo de sublimación? Sí, captar la energía que se despierta y hacerla subir hasta el Cielo, hasta la Madre Divina, hasta el Padre Celestial. Ejercitándose así durante mucho tiempo, llegarán a dar otra orientación a esta energía y a sentir lo que es verdaderamente el amor espiritual.

Acordaos también de lo que os dije respecto al sacrificio: que es peligroso renunciar a un objeto, a un hábito, a un deseo, sin reemplazar-

los por otro objeto, otro hábito u otro deseo. Por eso nunca hay que reprimir el amor, sino reemplazar el objeto de este amor por otro, más vasto, más luminoso.

Tomemos un ejemplo: un hombre ama a una mujer, y piensa que no podrá vivir sin ella. Pero esta mujer no es libre, o bien está casada, y no pueden, por tanto, vivir juntos sin que ello acarree grandes trastornos en una familia. ¿Cómo puede vencer este deseo? Sencillamente, gracias a las mujeres: en vez de limitarse a una sola, es preciso que en su corazón, en su alma, decida amar a todas las mujeres a la vez. Estará tan ocupado que ni siquiera tendrá tiempo de perseguir a una sola, y de esta manera todas las mujeres le salvarán. Y el mismo método es, evidentemente, válido para una mujer. Debéis aprender a llevar a cabo esta expansión de la conciencia, si no, siempre estaréis divididos y en conflicto con vosotros mismos. Y aunque hayáis perdido al ser amado, porque os haya abandonado o porque haya fallecido, hay que reemplazarle... no por otro, porque correríais peligro de perderlo de nuevo, sino por un gran amor hacia algo celestial, divino. Entonces la calma, la tranquilidad, se restablecerán en vosotros, porque vuestro vacío interior quedará colmado.

Aunque es deseable, desde luego, que cada uno haga un esfuerzo en este sentido, no le es

dado a todo el mundo poder verdaderamente dominar la energía sexual para conocer el amor superior. Por eso, antes de lanzarse en aventura semejante, hay que reflexionar y, sobre todo, conocerse bien. Si sentís que tenéis aún demasiada necesidad de placeres físicos, es preferible para vosotros no querer abstenerse bruscamente de ellos, porque sería peor. Pero si ya estáis evolucionados y sentís el deseo de vivir algo más sutil, más espiritual, de comprender el esplendor del mundo divino y de ayudar a los humanos con vuestro amor, podéis escoger este camino. Pero, lo repito, no es para todo el mundo, y no lo aconsejo a cualquiera. Porque sé muy bien todas las anomalías que pueden producirse. Y en las parejas, por ejemplo, ¿qué sucederá si uno de los dos decide vivir un amor más espiritual, mientras que el otro, que no puede vivir sin placeres físicos, hace de ello una tragedia? El culpable seré yo, claro está. Sé que es muy arriesgado hablar como hablo, pero me veo obligado a ello, para dar explicaciones a aquellos que quieren evolucionar, aunque soy consciente del peligro que corro de ser muy mal comprendido y de provocar la hostilidad.

Sólo pido que todos aquellos que me escuchan puedan ver lo bien fundado de mis palabras, y, sobre todo, que no tengo ningún deseo de desmembrar las familias, sino únicamente de

ensanchar cada vez más la conciencia de los hombres y de las mujeres. Si la concepción habitual que la gente se hace del amor diese tan buenos resultados, no habría nada que decir. Pero mirad cómo suceden las cosas: todos estos dramas, estos suicidios, estos asesinatos, estos divorcios... Y hasta cuando están ahí, juntos, a menudo están pensando el uno en la querida y la otra en el amante que tienen o que quisieran tener. En apariencia son fieles el uno para con el otro, pero en su fuero interno se están traicionando.

Por eso, aunque no os sintáis preparados para vivir los grados superiores del amor, debéis tratar de mejorar algo en vuestra manera de amar. Os daré una imagen: He ahí dos botellas. Supongamos que una representa a la mujer y la otra al hombre. Como cada una extrae sin cesar del contenido de la otra, muy pronto las dos botellas quedan vacías, y sólo resta tirarlas para reemplazarlas. Esto es lo que sucede en la concepción ordinaria del amor: beben de una botella que tiene un contenido limitado y, cuando está vacía, la tiran. ¿Qué hacer para que estas «botellas» no se vacíen nunca? Es preciso que cada una de ellas esté conectada a la Fuente infinita del amor: entonces, nada podrá agotarlas jamás, siempre estarán llenas, eternamente alimentadas por el agua de la Fuente.

Esto significa que si, en vez de fijaros en todo lo que es superficial en un hombre o en una mujer, amáis su espíritu, su alma, os conectáis con algo vivo que está ya unido a la Fuente, al Señor. Y vuestro amor durará para siempre: aún cuando seáis viejos y arrugados continuaréis amándoos, porque no era la carne lo que amabais sino un ser que es el reflejo de la Divinidad. A través de la mujer, el hombre busca a la Madre Divina, se eleva hasta ella para recibir energías, luz y alegría. A través del hombre, la mujer se eleva hasta el Padre Celestial... y, de esta manera, su amor nunca se acabará. Pero si los hombres y las mujeres se contentan con buscarse en los planos inferiores, que no se extrañen de sentirse pronto decepcionados. Es normal. ¿Cómo puede durar el amor, cuando más allá del cuerpo no hay nada bueno y bello que amar?

Mirad cómo suceden las cosas en la naturaleza: todo lo que es sucio e impuro tiene tendencia a acumularse abajo, y lo que es puro se eleva hacia arriba. Lo mismo sucede en el ser humano: también en él, todo lo que es grosero se amontona abajo, mientras que lo que es ligero, puro, luminoso, sube hacia la cabeza. Por eso arriba están situados los ojos, los oídos, la boca, la nariz, el cerebro, mientras que otras funciones están situadas abajo. A estas divisiones físicas del hombre, lo de arriba y lo de abajo, co-

rresponden sus dos naturalezas inferior y superior: la personalidad y la individualidad. El amor manifestado por la personalidad que solamente piensa en tomar, en saciarse, está mancillado con elementos pesados y apagados. Mientras que el amor manifestado por la individualidad contiene elementos de generosidad, de altruísmo, es puro y luminoso.

Con su amor egoísta y sensual, los humanos se comunican toda clase de elementos oscuros que les impiden ver las cosas claras y saborear las sensaciones celestiales. Evidentemente son libres, pueden abandonarse a sus inclinaciones, ¡pero no les conviene! Si los Iniciados han dado reglas y prescripciones, no era para prohibirles los gozos del amor, sino para impedirles que descendieran demasiado hasta estados inferiores en los que no recibirían ya nada de las bendiciones y de las maravillas del mundo divino.

De ahora en adelante procurad hacer esfuerzos para comprender esta filosofía sublime, porque es la única que enseña a los hombres y a las mujeres cómo utilizar todos estos impulsos que se dan mutuamente, toda esta maravilla, esta felicidad de contemplarse para estar siempre inspirados y convertirse en genios, en divinidades.

Pero todo esto no estará verdaderamente claro para vosotros hasta que lo hayáis clarificado vosotros mismos a fuerza de meditaciones y de

ajustes internos. Cuando lo logréis, estaréis en posesión de todas las riquezas que la naturaleza ha preparado para vosotros, y podréis serviros de ellas con tanta precisión como si estuvierais en un laboratorio: sabréis manipular los elementos y las fuerzas para vuestra regeneración, vuestra iluminación y la del mundo entero.

ÍNDICE

I La alquimia espiritual 7
II El árbol humano 17
III Carácter y temperamento 29
IV La herencia del reino animal 41
V El miedo 55
VI Los clichés 69
VII El injerto 83
VIII La utilización de las energías 95
IX El sacrificio,
transmutación de la materia 107
X Vanidad y gloria divina 127
XI Orgullo y humildad 145
XII La sublimación de la energía sexual 163

Editor-Distribuidor

Editions PROSVETA S.A. - B.P. 12 - 83601 Fréjus Cedex (France)

Tel. 04 94 40 82 41 - Télécopie 04 94 40 80 05

Distribuidores

ALEMANIA
PROSVETA Deutschland
Postfach 16 52 – 78616 Rottweil
Tel. 0741-46551 – Fax. 0741-46552
EDIS GmbH, Daimlerstr 5
82054 Sauerlach
Tel. (49) 8104-6677-0
Fax. (49) 8104-6677-99

AUSTRALIA
QUEST, 484 Kent Street
2000 Sydney

AUTRIA
MANDALA
Magister-Eduard-Angerer-Weg 72
A-6380 St. Johann (Tirol)

BELGICA
PROSVETA BENELUX
Liersesteenweg 154 B-2547 Lint
N.V. MAKLU Somersstraat 13-15
B-2000 Antwerpen
Tel. (32) 34 55 41 75
VANDER S.A.
Av. des Volontaires 321
B-1150 Bruxelles
Tel. (32) 27 62 98 04

BRASIL
NOBEL SA – Rua da Balsa, 559
CEP 02910 - São Paulo, SP

BULGARIA
SVETOGLED
Bd Saborny 16 A appt 11 – 9000 Varna

CANADA
PROSVETA Inc. – 3950, Albert Mines
North Hatley (Qc), J0B 2C0
Tel. (819) 564-3287 Fax. (819) 564-1823

CHIPRE
THE SOLAR CIVILISATION BOOKSHOP
PO. Box 4947 – Nicosie

COLOMBIA
PROSVETA
Avenida 46 n° 19 - 14 (Palermo)
Santafé de Bogotá

ESPAÑA
ASOCIACIÓN PROSVETA ESPAÑOLA
C/ Ausias March n° 23 Ático
SP-08010 Barcelona

ESTADOS-UNIDOS
PROSVETA U.S.A.
P.O. Box 49614
Los Angeles, California 90049

GRAN-BRETAÑA
PROSVETA
The Doves Nest, Duddleswell Uckfield,
East Sussex TN 22 3JJ
Tel. (01825) 712988 - Fax (01825) 713386

GRECIA
EDITIONS PROSVETA
J. VAMVACAS
El. Venizelou 4 – 18531 - Le Pirée

HOLANDA
STICHTING
PROSVETA NEDERLAND
Zeestraat 50
2042 LC Zandvoort

HONG KONG
SWINDON BOOK CO LTD.
246 Deck 2, Ocean Terminal
Harbour City
Tsimshatsui, Kowloon

IRLANDA
PROSVETA
The Doves Nest
Duddleswell Uckfield,
East Sussex TN 22 3JJ, U.K.

ITALIA
PROSVETA Coop.
Casella Postale
06060 Moiano (PG)

LUXEMBURGO
PROSVETA BENELUX
Liersesteenweg 154 B-2547 Lint

NORUEGA
PROSVETA NORDEN
Postboks 5101
1501 Moss

PORTUGAL
PUBLICAÇÕES
EUROPA-AMERICA Ltd
Est Lisboa-Sintra KM 14
2726 Mem Martins Codex

RUMANIA
ANTAR
Str. N. Constantinescu 10
Bloc 16A - sc A - Apt. 9
Sector 1 - 71253 Bucarest

SUIZA
PROSVETA
Société Coopérative
CH - 1808 Les Monts-de-Corsier
Tel. (41) 21 9219218
Fax. (41) 21 9229204

VENEZUELA
J.P. Leroy – Apartado 51 745
Sabana Grande
1050 A Caracas